

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



ESCRIBE JUAN CARLOS ZAPATA: Estados Unidos pretendía construir un nuevo canal sin pedirle permiso a Panamá, y tampoco quería entregarle ese derecho a Panamá, pues podría cederle el contrato a otra potencia extranjera.

FUNDADO EN 1943

Papel Literario

81 AÑOS

DOMINGO 23 DE FEBRERO DE 2025

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com/•https://www.elnacional.com/papel-literario/•Twitter @papeliterario

ENSAYO >> EL HUMANISMO CRISTIANO AFRONTA EL SIGLO XXI

El reto de la civilización del presente: los desafíos de una agonía

En 2023 se realizó el seminario virtual *El humanismo cristiano frente a los desafíos del presente*. Editado por Andrés Caldera Pietri y Francisco Plaza, el volumen recoge las cuatro conferencias que se dictaron –José Rodríguez Iturbe, Rafael Tomás Caldera, Humberto Calderón Berti y Asdrúbal Aguiar Aranguren– así como un conversatorio y cuatro sesiones de comentarios. El libro fue publicado por el Consejo Superior de la Democracia Cristiana, la Fundación Konrad Adenauer, la Fundación Tomás Liscano y la Universidad Monte Ávila

JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE

La visión de lo humano y de la naturaleza en su conjunto ha sufrido una alteración muy grande. Joseph Ratzinger (Benedicto XVI) lo señaló con claridad: “Estamos instalando una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que da como última medida solo su propio ego y sus deseos”. Y añadió: “Cuando el relativismo moral se absolutiza en nombre de la tolerancia, los derechos básicos se relativizan y se abre la puerta al totalitarismo”. Eso lo vemos en la civilización que agoniza, con una agonía llena de desafíos.

La ideología de género y el ambientalismo de la llamada *ecología profunda* son expresiones de un dogmatismo profundamente antihumano. Con la ideología de género pretende sepultarse la realidad de la persona como ser hecho a imagen y semejanza de Dios, hombre y mujer. Pretende imponerse que la realidad personal sexuada es solo una opción cultural subjetiva: cada quien es lo que piensa o desea ser y no lo que es. Con la ecología profunda no se busca el respeto ambiental, sino la negación de la dignidad de la persona desde un nuevo panteísmo: el ser humano es visto como depredador enemigo de la naturaleza. A la lucha de clases y a la lucha de razas de los totalitarismos del siglo XX, se propone sustituirla ahora con la lucha de sexos y con el antagonismo supuesto entre persona humana y medio ambiente.

Son algunas de las propuestas del globalismo que se llama a sí mismo progresismo. El globalismo es una ideología difusa que plantea el individualismo liberal extremo, llegando a posturas colindantes con el anarquismo. Es también un economicismo que considera el dominio privado del avance tecnocientífico como elemento fundamental para el control hegemónico de la vida política. Proclama la eliminación de la familia como núcleo social básico. La deconstrucción social exige su eliminación por su función natural integradora. Para ello, se busca la degradación de la mujer. Se niega dignidad y relieve a la maternidad. Sin familia no hay nación; y sin conciencia nacional, no hay patria. Se buscan nuevos cauces de reproducción que permitan modificar la especie humana. Se reviven, incluso, intentos eugenésicos



OCASO – HÉCTOR POLEO / COLECCIÓN PARTICULAR

cos del nazismo y del bolchevismo. El hombre se presenta como dueño de la vida y de la muerte. Es la negación de civilización con savia judeocristiana. Se postula la separación del hombre con Dios. Y, divinizado el ser humano, se procede entonces a la proclamación de identidades, como mónadas que ayudan a la deconstrucción social: por clases, por edades, por sexos, por razas, por gustos, etc. La dignidad del individuo se coloca en su radicalidad identitaria.

La proyección política y su dimensión internacional

Todo lo anterior ha tenido proyección política en el Plan 2030 de Naciones Unidas, en conjunción con los planteamientos del Foro Económico Mundial de Davos. En realidad, el globalismo es la alianza de quienes poseen el poder de la *Big Tech* y tienen en sus manos el desarrollo de la inteligencia artificial, con los detentadores del poder económico y político. El poder real de tal alianza no está principalmente en los Estados. Estos están sometidos al poder supra y extraestatal de quienes se sienten los nuevos dioses poseedores del futuro. Ello ha conducido a la utilización de las organizaciones internacionales para la deconstrucción del mismo orden internacional, sin excluir el recurso a la violencia revolucionaria o a la confrontación bélica.

Los intereses del globalismo procuran la pérdida del sentido histórico de las personas y los pueblos. Con conciencia histórica se hace muy difícil desarrollar su estrategia de dominación. Se buscan sujetos pasivos sin vínculos con el pasado. Se procura no solo adular la historia y eliminar los símbolos patrios, sino exacerbar identitariamente, con la política del resentimiento, a minorías indígenas. El globalismo no busca la integración y desarrollo de estas, sino su reduccionismo a perpetuas minorías con el signo histórico del

reclamo por un pasado que, a menudo, se ignora y desfigura.

Los grandes intereses privados supra y transnacionales conservan en sus manos la capacidad de influencia y el poder de negociación. Eso lleva a un giro copernicano en la concepción y desarrollo de las relaciones internacionales. El realismo tradicional veía una unidad en la política del Estado: la política interior y la política exterior eran el anverso y el reverso de una misma medalla. Consideraba, además, que la política exterior tenía como norte permanente el interés nacional; y traducía el interés nacional en términos concretos de seguridad y defensa.

La cultura dominante considera la soberanía nacional como un concepto del pasado. Aspira a determinar desde la política exterior global la política interna de cada (Seminario virtual, febrero-marzo 2023) Estado nación. Puede decirse que, para ella, en términos reales, la soberanía nacional está muerta y enterrada, o, al menos muy disminuida.

Sería una ingenuidad desconocer que quienes prioritariamente controlan los avances tecnocientíficos poseen alianzas operativas con los grandes centros de poder político mundial en función de la agenda globalista. A esas alianzas no les interesa tanto la política interior de los Estados. Les interesa, sí, que en esta se refleje la agenda globalista. Los premios y castigos están a la orden: si aceptan e imponen en el orden interno la agenda globalista, los regímenes tendrán la calificación de progresistas y sus dirigentes obtendrán reconocimientos internacionales; en caso contrario, se difundirá sobre ellos una imagen negativa y, por supuesto, quedarán al margen de todo tipo de reconocimientos.

El progresismo, como expresión postmarxista de un liberalismo individualista extremo, lindante con el anarquismo, presumirá de avanzada

social y política, aunque no presente programas coherentes y sus experiencias hayan sido marcadas por la incompetencia y la corrupción. La solidaridad del globalismo progresista, más que en vínculos de amistad programática, se asienta en nexos de complicidad. Su agenda da atención prioritaria a países productores de materias primas o de reservas probadas consideradas de valor estratégico (petróleo, hierro, oro, diamantes, coltán, torio, etc.) A la agenda globalista le interesan esas riquezas, pero no los Estados en cuyos territorios están; ni tampoco el bienestar y desarrollo de sus poblaciones.

El globalismo y América Latina

La agenda postmarxista del globalismo fue adoptada estratégicamente en América Latina después de la caída del Muro de Berlín, en 1989. Es, por tanto, un fenómeno post Guerra Fría. Impulsado por la Cuba castrista, se organizó el Foro de São Paulo como estructura de cooperación y de formulación de políticas para una izquierda huérfana luego del desplome del Bloque Socialista y la desaparición de la URSS. La puesta al día de sus políticas vino dada en 2019, 30 años después, con la aparición del Grupo de Puebla. Allí aparecen variados personajes de la izquierda socialcomunista o socialdemócrata de todos los países latinoamericanos y España.

Se trata de una izquierda bastante amplia que compartía y comparte *in genere* los postulados de un marxismo gramsciano. Es una izquierda que, en el último tercio del siglo XX, había decidido cambiar en el mundo desarrollado las banderas de la revolución social por la revolución sexual. Desde entonces buscó no adaptar la sociedad a su programa, sino adaptar su programa a la sociedad, considerando como rasgos definitorios del cambio los fenómenos que evidenciaban una ruptura cultural. Hicieron así, de esos vientos de cambio en el comportamiento social, su nuevo programa de combate histórico. Olvidaron los dogmas del leninismo clásico y nadaron (y nadan) con el favor de la corriente de la decadencia de la postmodernidad, sin cuestionar sus postulados histórico filosóficos, sino radicalizándolos al máximo. Todo eso coincidió con que ya daba abundantes frutos lo que la Escuela de Frankfurt en su primera generación había sembrado en los Estados Unidos desde la década de los 30 del siglo pasado.

Después de una brevísima escala en Suiza, la primera generación de la Escuela de Frankfurt –Adorno, Horkheimer, Marcuse, Fromm (quien luego se separó)– emigró a los Estados Unidos al llegar el nazismo al poder en 1933. Fue acogida inicialmente por la Universidad de Columbia; y, luego, se trasladó a California, hasta el final de la II Guerra Mundial, cuando sus representantes regresaron a Alemania.

Así, el neomarxismo, el postmarxismo y el globalismo fueron logrando consistencia programática, comenzando un romance ideológico político que culminó en una boda histórica que dura hasta el presente. En la deconstrucción de la familia, por ejemplo, Marcuse es casi un pionero. La visión casi antifamilia tradicional, para considerar la visión de la lucha del varón y la mujer como presentación analógica de la lucha de clases, encuentra en este personaje de la historia de la Escuela de Frankfurt casi un ícono en su presentación inicial, que después ha tenido múltiples desarrollos.

Si no se le quiere llamar boda a esta unión entre el neomarxismo, el postmarxismo y el globalismo, lo podemos llamar apareamiento o como se quiera para reflejar mejor su pensamiento. Pero lo cierto es que, en los Estados Unidos, ese discurso, que ya tenía treinta años de vigencia cultural, ha copado el discurso de los liberales, ha hecho un *casus belli* la imposición de lo políticamente correcto y ha transformado su liberalismo inicial en fanatismo. Esos sectores del establecimiento americano han sido, desde fines del siglo pasado, y todavía en la actualidad, los grandes aliados del postmarxismo continental del Grupo de Puebla y del Grupo de São Paulo en todos los órdenes.

(Continúa en la página 2)

El reto de la civilización del presente: los desafíos de una agonía

(Viene de la página 1)

Esa gran alianza, prácticamente hasta hoy, no ha encontrado alternativa. Muchas de las élites políticas de América Latina han reducido su mensaje a un economicismo. Como si el planteamiento fuera estrictamente económico cuando no es así. Ese economicismo se agota en un discurso conservador sin aliento de justicia social. Constituye solo otra forma de planteamiento del individualismo liberal que no supone un cuestionamiento de los postulados antropológicos de la modernidad y de la post-modernidad. Carece, por tanto, de aliento de libertad y justicia. Coinciden en mucho con los planteamientos del globalismo en cuanto a la separación del hombre de Dios y de la moral de la política.

La actual deconstrucción internacional

El orden internacional surgido de la II post-guerra parece estar llegando a su fin. La Organización de las Naciones Unidas nació con el impulso humanista (Seminario virtual, febrero-marzo 2023) de reafirmar la dignidad de la persona humana, después de los horrores del nazi-fascismo. El orden internacional refleja aún los intereses de los vencedores en la II Guerra Mundial. Eso queda evidente en las potencias con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de la ONU.

El globalismo hace ver a la ONU y a las organizaciones regionales como la OEA como ejemplos de arqueología política. La vigencia del globalismo de facto parece prevalecer sobre la vieja estructura internacional que aún existe *de iure*. Se nota hasta en la estructura institucional de la Unión Europea, cuya dinámica actual tiene poco que ver con los ideales de los padres de Europa, parteros del Tratado de Roma de 1957 (Alcides De Gásperi, Konrad Adenauer y Robert Schumann).

Al margen de la estructura institucional *de iure* del orden internacional, se desarrolla una estructura y una dinámica paralela gestada y animada por los factores de poder real a nivel mundial. La más clara y pública manifestación de lo anterior estuvo en la declaración pública de la Rusia de Vladimir Putin y la China de Xi Jinping, en Beijing, con ocasión de las Olimpíadas de Invierno, en vísperas de la invasión de Rusia a Ucrania en 2022. Después de ello, el invitado estrella en el Foro de Davos fue Xi Jinping.

Los precedentes y el desarrollo de la invasión ordenada por Putin recuerdan los incidentes previos a la II Guerra Mundial, con la Anschluss de Austria, la anexión de los Sudestes por Hitler, y los Pactos Stalin-Hitler (Molotov-Ribbentrop), que condujeron a la invasión conjunta del III Reich y de la URSS contra Polonia y su reparto, así como a los pragmáticos entendimientos entre los totalitarismos nazi y comunista sobre zonas de influencia geopolítica. La crisis motivada por la acción de fuerza de Rusia altera radicalmente el orden internacional. Así como la invasión a Etiopía, por Mussolini, en 1935, señaló la caducidad de la Sociedad de Naciones y del intento de orden post I Guerra Mundial, la invasión a Ucrania por Putin en 2022 puede señalar, ante la impotencia visible de la ONU, la caducidad del orden post II Guerra Mundial.

Sería una ingenuidad considerar que la guerra de Ucrania solo afecta al orden europeo. El Pacto entre la Rusia de Putin y la China de Xi Jinping (30 años de duración, “no hay áreas prohibidas de cooperación”, y comprende un amplio espectro de temas que van del económico al militar); así como el Pacto entre la China de Xi Jinping y el Irán de los Ayatolás, no pasan desapercibidos para quien siga con atención los asuntos internacionales.

Humanismo y ciudadanía

La pregunta, ante todo lo anterior, es ¿qué hacer?

Estamos viviendo un tiempo que Joseph Ratzinger (Benedicto XVI) llamó Era Neopagana. Para superar con éxito su agonía es necesario tener conciencia de que hoy el combate político es un combate cultural.

Ello plantea la consideración humanista de la ciudadanía. La vinculación de la ciudadanía con la cultura lleva a la vinculación de la cultura y la política. Un Estado con instituciones sólidas reclama una fuerte conciencia ciudadana. Solo ciudadanos con *sindéresis* pueden, de veras, dar vida, dinamismo y corrección a las instituciones; y solo con instituciones en proceso de perfeccionamiento continuo puede lograrse la dignificación de la vida comunitaria, el fortalecimiento de los nexos societarios, la búsqueda sin solución de continuidad del bien común o fin social.

La conciencia ciudadana es una conciencia protagónica. La carencia de conciencia ciudadana conduce a la anomia, a un individualis-

mo disgregador, a una presencia en los espacios de lo público sin otro incentivo que el interés egoísta. La conciencia ciudadana tipifica, desde el punto de vista histórico-político, el tránsito del súbdito al ciudadano. El súbdito acata y obedece. El ciudadano razona, critica, propone y participa. El súbdito es el sujeto de sociedades cerradas. El ciudadano es el sujeto de sociedades abiertas. El súbdito es el pasivo sostenedor de la llamada razón de Estado. El ciudadano es el activo defensor de la llamada razón de humanidad. El ciudadano está llamado a integrar sociedades funcionales, racionalmente ordenadas, de aliento crítico y necesario debate. La conciencia ciudadana es necesaria para el ejercicio de la libertad. “Sin libertad la democracia es despotismo, sin democracia la libertad es una quimera”, sentenció atinadamente Octavio Paz. Esta frase merece ser grabada en piedra.

La tarea de los intelectuales

Si hoy el combate político es combate cultural, la función de los intelectuales es insustituible. La función del intelectual en la política es una función crítica para la defensa de la libertad contra el despotismo; vale decir, para la defensa de la democracia.

El intelectual no está para servir sumisamente al poder, sino para criticarlo. Crítica del poder es condición de toda crítica. Por eso, la función del intelectual no es cómoda: debe enfrentar los fanatismos, nutridos de cegueras fratricidas y de odios irracionales. Empinada y dura puede hacerse la ruta para el intelectual que está dispuesto a denunciar, con voz clara y coraje no sujeto a precio, las violaciones a la humana dignidad, con las cuales no puede haber política que merezca alabanza, sino de cínicos, criminales y corruptos.

La función crítica del intelectual en la política encuentra como obstáculo permanente la progresiva extensión de la *política espectáculo*, concebida para masificar, no para razonar, dialogar y debatir. La política espectáculo busca, simplemente, excitar sentimientos, provocar adhesiones emotivas. En tales circunstancias, el experto en *marketing* sustituye al hombre de ideas; el vendedor sustituye al creador: los “resultados” se consideran con prioridad respecto a los principios. Cuando ello ocurre, tanto la racionalidad como la moralidad política resultan seriamente afectadas. De allí, el desprestigio de la política y de los políticos en un horizonte en el cual el diálogo auténtico y el debate verdadero, armas de la crítica honrada, resultan sustituidas por la imagen, en un proceso en el cual la vida pública se degrada a comedia, si no a tragedia.

Idolatría y política

Octavio Paz señaló que la ausencia de virtudes morales en el político (o, para decirlo en negativo, la coyunda de los hábitos viciosos) facilita, no solo la anemia de la vida pública, sino la posible asfixia de la dignidad humana y de las libertades republicanas. El hedonismo resulta, así, la causa mayor del aburguesamiento de los espíritus y de la generalización mayoritaria de una democracia sin valores. Dijo Paz:

“Cuando la virtud flaquea y nos dominan las pasiones –casi siempre las inferiores: la envidia, la vanidad, la avaricia, la lujuria, la pereza– las repúblicas perecen. Cuando ya no podemos dominar a nuestros apetitos, estamos listos para ser dominados por el extraño. El mercado ha minado todas las antiguas creencias –muchas de ellas, lo acepto, nefastas– pero en su lugar no ha instalado sino una pasión: la de comprar cosas y consumir este o aquel objeto. Nuestro hedonismo no es una filosofía del placer sino una abdicación del albedrío [...] El hedonismo no es el pecado de las democracias modernas: su pecado es su conformismo, la vulgaridad de sus pasiones, la uniformidad de sus gustos, ideas y convicciones”.

La civilización que fenece es una civilización idolátrica. Los totalitarismos contemporáneos y sus derivados *light* enseñan que la conversión de los símbolos políticos en símbolos sagrados equivale a buscar la sustitución de Dios por el líder, a la suplantación de la realidad sobrenatural por la estricta dimensión natural pero convertida en tótem, como una especie de amuleto maligno que anula la capacidad del reconocimiento de Dios que el Creador ha dado a la criatura humana.

Cuando se sustituye la obediencia a Dios por la sumisión total al poder enfermo de las tiranías, cualquier tipo de aberración puede, tristemente, cobrar visos de realidad. El Estado tiránico es equivalente al Estado forajido. El terrorismo de Estado ni siquiera busca justificación. Quienes reprimen consideran que está en su naturaleza reprimir. Para esa *praxis* no se requiere pensar, sino ejecutar sin mayores razonamientos. Se pone de relieve el engranaje del mal de un sistema corrompido y corruptor,



KONRAD ADENAUER / KATHERINE YOUNG – CREATIVE COMMONS

en sus propias raíces, el cual, en vez de perfeccionar, *desperfecciona* a aquellos que lo integran, que se creen fatuamente señores de la historia.

Resulta difícil la reeducación del atrapado por la idolatría ideológica. No manifiesta ningún tipo de arrepentimiento por sus crímenes, ningún deseo de corrección. El sentimiento moral de remordimiento es sustituido por el resentimiento, alimentado por la negación apriorística de cualquier crítica a su postura. Y sustituido el arrepentimiento por el resentimiento, será la contumacia moral y política la que marque el empecinamiento en su torcido camino, incapaz de toda rectificación verdadera. Solo la dureza de la derrota y su forzada reinsertación en la realidad permitirá un reconocimiento de sus errores y de las tragedias que causó a quienes tuvieron la desgracia de padecer su hegemonía.

Siempre la idolatría política tiene un fondo de ateísmo. El ídolo busca ocupar el puesto de Dios. El ídolo reclama el culto a sí mismo en lugar del culto debido a Dios. Por eso requiere la fanatización de la opinión: si ocupa el lugar de lo divino, lo contrario a él debe ser satanizado, condenado como algo diabólico. Es la lógica a la inversa de Belcebú, que busca el *camouflage* de la simbología política. Así, en la seudoliturgia idolátrica del totalitarismo político siempre hay algo de aquellarre.

Los totalitarismos de cualquier signo ideológico buscan un tipo de existencia colectiva en la cual la comunidad está considerada como una iglesia al revés. Suelen ser profundamente ajenos a la religión propiamente dicha, pero intentan la configuración de un corpus político de apariencia seudorreligiosa. Buscan que sus seguidores se sientan vinculados por la seudofe de su ideología, y que los integrados por ella conserven respecto a la jerarquía religiosa secularizada –la dirigencia del Partido o del Movimiento– una obediencia ciega nutrida de la aceptación de sus seudodogmas. Para la custodia de estos últimos, la seudoiglesia tiene, a imitación secularizada de la comunidad religiosa de creyentes, un “magisterio” y unos “custodios de la ortodoxia” ideológico-política. Pero el pueblo de Dios no es el pueblo de los ídolos. Los ídólatras no son los creyentes. Ni los pretendidos sustitutos de Dios tienen nada que ver con Dios mismo. Las seudoiglesias totalitarias han culminado siempre en un estruendoso fracaso cultural, social, político y económico. Los constructores de paraísos artificiales se han mostrado siempre incapaces de dar cabal respuesta al ansia de felicidad de la criatura humana, hecha a imagen y semejanza de Dios.

Una nueva síntesis humanista

El globalismo de la cultura dominante se muestra, en la actualidad, a rostro descubierto. El combate es cultural y político. La agonía de la civilización exige una respuesta humanista que permita redescubrir y afirmar la dignidad intrínseca de la persona humana y el respeto histórico-cultural a la dignidad de los pueblos.

Deseo concluir con tres citas de Benedicto XVI, recientemente fallecido, que son un homenaje a su persona y enseñanza:

“Nosotros, los alemanes [...] hemos experimentado cómo el poder se separó del derecho, se enfrentó a él; cómo se pisoteó el derecho de manera que el Estado se convirtió en el instrumento para la destrucción del derecho; se transformó en una cuadrilla de bandidos muy bien organizada, que podía amenazar al mundo entero y llevarlo hasta el borde del abismo”.

“Los ‘mesianismos prometedores, pero forjadores de ilusiones’ basan siempre sus propias propuestas en la negación de la dimensión trascendente del desarrollo, seguros de tenerlo todo a su disposición. Esta falsa seguridad se convierte en debilidad, porque comporta el sometimiento del hombre, reducido a un medio para el desarrollo, mientras que la humildad de quien acoge una vocación se transforma en verdadera autonomía porque hace libre a la persona”.

“Los aspectos de la crisis y sus soluciones, así como la posibilidad de un nuevo desarrollo futuro, están cada vez más interrelacionados, se implican recíprocamente, requieren nuevos esfuerzos de comprensión unitaria y una nueva síntesis humanista”. ☸

**El humanismo cristiano frente a los desafíos del presente.* Editores: Andrés Caldera Pietri y Francisco Plaza. Coordinación: Eduardo Velazco. Participantes: Asdrúbal Aguiar Aranguren, Guillermo Aveledo Coll, Paola Bautista de Alemán, María Bernardoni de Govea, Hugo Bravo, Andrés Caldera Pietri, Rafael Tomás Caldera, Humberto Calderón Berti, Werner Corrales, Mariana Gómez del Campo, Raúl González Fabre, Laureano Márquez, Pedro Méndez Dáger, Julio César Moreno León, Andrés Pastrana Arango, Roberto Patiño, Juan Salvador Pérez, Froila Pimentel Castro, Francisco Plaza, Miguel Ángel Rodríguez, José Rodríguez Iturbe, Enrique Salas Römer y Abdón Vivas Terán. Publicado por el Consejo Superior de la Democracia Cristiana, la Fundación Konrad Adenauer, la Fundación Tomás Liscano y la Universidad Monte Ávila. Caracas, 2024.

ENSAYO >> REVEL, PENSADOR DE LA LIBERTAD

Jean-Francois Revel y la defensa de la democracia

Combativo defensor de la libertad, el pensador francés (1924-2006) alertó sobre la debilidad intrínseca del sistema democrático al permitir que sus enemigos utilicen sus propios mecanismos para aniquilarla

GEHARD CARTAY RAMÍREZ

El 19 de enero de 2024 se cumplió el centenario del natalicio del escritor y periodista francés Jean-François Revel –fallecido el 30 de abril de 2006–, un combativo defensor de la libertad que alertó incansablemente contra las dictaduras y, por ende, contra los totalitarismos y los autoritarismos de cualquier género.

Autor de varios libros exitosos, Revel publicó en 1983 *Cómo terminan las democracias*, unas profundas y reveladoras reflexiones sobre la debilidad intrínseca del sistema democrático al permitir que sus enemigos utilicen desde adentro sus propios mecanismos para aniquilarla. Su análisis se limitó entonces a la amenaza del comunismo y en particular de la desaparecida Unión Soviética y sus satélites contra las democracias europeas, luego de la Segunda Guerra Mundial, tal vez sin presentir que el derrumbe de la URSS estaba muy próximo –ocurrió en diciembre de 1991– y que él mismo lo presenciaría, a pesar de su pesimismo recurrente al respecto.

Pero lo esencial de su libro hoy cobra vigencia cuando otros enemigos de la democracia, influidos sin duda por las tesis marxistas, han venido consolidando su poder gracias a la magnanimidad de aquella. También es cierto que desde la derecha y la antipolítica surgen amenazas contra el sistema democrático, tal cual se teme que pueda ocurrir ahora en Estados Unidos bajo el mandato del presidente Donald Trump. Unas y otras alarmas están sonando escan-



JEAN-FRANÇOIS REVEL / ELSA DORFMAN – CREATIVE COMMONS

dalosamente en el continente americano, especialmente en Sur América y en particular en Venezuela, bajo el esquema autoritario y semitotalitario implantado por la vía electoral desde 1998.

Revel, por cierto, tuvo una notable influencia sobre el escritor venezolano Carlos Rangel. Ambos fueron liberales convencidos, prestos siempre a defender sus ideas y desmitificar algunos postulados marxistas. Tal vez por esas razones Revel escribió el prólogo de los más importantes libros de Rangel: *Del buen salvaje al buen revolucionario* (1976) y *El tercer-mundismo* (1982). Un año después sería publicada su obra *Cómo terminan las democracias*.

La democracia, demasiado generosa con sus enemigos

El eje central de las cavilaciones de Jean-François Revel en este libro sostiene que la democracia ha sido y sigue siendo demasiado generosa para dar voz y voto a aquellos que quieren destruirla mal utilizando la soberanía popular, que es, sin duda, su principal sustento por aquello de la legitimidad. Son varias las experiencias históricas al respecto, todas

las cuales resultaron trágicas, lo que no ha impedido que se repitan luego. Hitler y Mussolini, por ejemplo, llegaron al poder por la vía electoral y luego instauraron sus dictaduras, con los resultados catastróficos ya conocidos, tanto para sus países como para el mundo.

Aquí en Venezuela, como bien se sabe, el golpista Hugo Chávez Frias fue insólitamente elegido presidente en 1998, tras lo cual comenzó a implorar la democracia, tarea que han continuado sus herederos en el poder. El más reciente eslabón de esta cadena de destrucción lo constituye el golpe de Estado contra la soberanía popular expresada el pasado 28 de julio, circunstancia que abre una etapa aún más compleja y difícil para la libertad y los derechos humanos, aquí y afuera, y replantea el viejo debate sobre la indefensión de la democracia frente a quienes trabajan para suplantarla, a partir de los medios que aquella generosamente les ofrece, justamente la tesis que argumentó brillantemente Revel a principios de la década de los años ochenta del siglo pasado.

La verdad es que en nuestro caso tal vez nunca fueron apreciadas, en sus

justos términos, las ventajas y aportes del sistema democrático. Duele decirlo, pero parece algo comprobable a estas alturas del tiempo. Tal vez nos acostumbramos a la democracia sin valorarla adecuadamente, pensando que iba a durar por siempre y que sus enemigos no podrían ya derrotarla desde adentro, luego de varios intentos fallidos –golpes de Estado, terrorismo urbano y guerra de guerrillas, tanto desde la extrema izquierda como de la extrema derecha– entre 1958 y 1992.

Aparte de tales hechos, inconstitucionales y violentos, lamentablemente la propia democracia ha facilitado que la destruyan mediante la utilización de sus propios mecanismos de decisión. Fundamentándose en principios de equidad, tolerancia y libertad, ha permitido todo tipo de abusos en su contra, y lo que resulta peor aún, ha entregado a sus cancerberos las armas para que estos, conforme a sus siniestros propósitos, la liquiden en cuanto pueden, alegando sus fallas y vicios como razones últimas. De esta manera, esos enemigos declarados utilizan perversamente las propias garantías que les brinda el sistema democrático para sepultarlo. Sobran los ejemplos a este respecto, como ya se señaló antes.

La víctima complaciente

Este constituye, justamente, el planteamiento central de Revel, contenido en el libro ya citado, al calificar a la democracia como “una víctima complaciente”. Su argumentación es contundente y precisa al respecto: “La civilización democrática –agregabas la primera que se quita la razón frente al poder que se afana por destruirla” y, probablemente, más que la fuerza de sus enemigos, ha sido mayor causante de su derrota la humildad con que la propia democracia “acepta desaparecer y se las ingenia para legitimar la victoria de su más mortal enemigo”.

Así, por lo general, según el valedero criterio de Revel, “es menos natural y más nuevo que la civilización agredida (en este caso, agregó yo, la democracia) no solo juzgue en su fuero interno que su derrota está justificada, sino que prodigue, tanto a sus partidarios como a sus adversarios, innumerables razones para describir toda forma de defensa suya como in-moral, en el mejor de los casos como superflua e inútil, frecuentemente incluso como peligrosa”.

Agrega Revel que “el enemigo interior de la democracia juega con ventaja, porque explota el derecho al desacuerdo inherente a la demo-

cracia misma”. Se trata de una verdad monumental, como lo ha venido demostrando la reciente historia, con el añadido de que los sistemas democráticos son de nueva data, menor a los 200 años, por lo general. Pero ocurre que ellos conllevan una falla de origen que sus adversarios utilizan para destruirla: “...la democracia es ese régimen paradójico –sigue señalando el pensador francés– que ofrece a quienes quieren abolirla la posibilidad única de prepararse a ello en la legalidad, en virtud de un derecho, e incluso de recibir a tal efecto el apoyo casi patente del enemigo exterior sin que ello se considere una violación realmente grave del pacto social”.

Tal vez por esa razón, no faltan quienes sostengan que combatir y reducir a la mínima expresión a quienes quieran destruirla contradice las normas mismas de funcionamiento de la democracia, en virtud de su naturaleza pluralista y diversa. ¿Será esto cierto? ¿O tal vez sea una forma de chantaje –muy cínico, por supuesto– de sus enemigos, por cuanto ellos se deshacen fácilmente de los suyos en caso de que amenacen su existencia, lo que casi nunca ocurre porque se les impide actuar desde el principio al contrario de las democracias? Bien se sabe que los totalitarismos no aceptan alternativas ni otras fórmulas debido a su propia naturaleza.

En consecuencia, resulta muy claro que para el recto funcionamiento del sistema democrático también debe existir reciprocidad hacia él por parte de quienes reciben sus garantías y el respeto al libre ejercicio de los derechos de opinar y participar. Por lo tanto, si existen grupos extremistas que no hacen suyos esos principios democráticos ni la convivencia que implican para ejercerlos pacíficamente, resulta natural que no tengan la misma consideración que quienes sí lo hacen y permiten así su cabal funcionamiento.

Porque, en definitiva, la democracia está en la obligación de defenderse, lo que implica actuar contra quienes quieren destruirla. Y es que así como la democracia no puede ser tolerante con quienes pretenden liquidarla desde afuera, menos lo puede ser con sus enemigos internos, por cuanto arriesga su propia existencia, como ha quedado demostrado.

Nuestra dolorosa experiencia actual, y las otras a que nos hemos referido antes, constituyen una lección histórica que debemos tener en cuenta en el porvenir para que las generaciones futuras no las tengan que sufrir. ☹

Jean-Francois Revel (1924-2006). De la transmisión. Fragmento

El fragmento que sigue pertenece al libro de Alicia Delibes Liniers, *El suicidio de Occidente*

ALICIA DELIBES LINIERS

El libro de Jean-Fançois Revel *La connaissance inutile* (*El conocimiento inútil*), publicado en 1988, comienza con estas tan sabias como tristes palabras: “La primera de todas las formas que gobiernan el mundo es la mentira”. En este libro, que Revel dedicó a la información, al conocimiento, a la educación, a los medios de comunicación y a los intelectuales, hay un capítulo ya mencionado que está enteramente dedicado a los profesores, “La traición de los profes”.

Para Revel, la decadencia de la enseñanza en Francia no era consecuen-

cia de una mala gestión o de un error, sino de “una opción deliberada según la cual la escuela no debe transmitir conocimientos”. Además, Revel no dudaba en atribuir esa decisión al movimiento de Mayo del 68. Para el pensador francés la pedagogía que desde entonces dominó en Europa se inspiró en dos principios fundamentales. Uno de ellos, el feroz antiliberalismo que había llevado a la gran mayoría de profesores a combatir abierta y decididamente la sociedad capitalista. Y, el otro, más sorprendente, que “la simple transmisión del conocimiento era reaccionaria”.

Según Revel, después de la Segunda Guerra Mundial la enseñanza francesa sufrió una extraña estalinización. La mayoría de los libros de texto de geografía e historia de los años 50 eran probolcheviques. Pero, a partir de los 60, en un momento determinado, “el profesorado, no contento con estar inconscientemente sometido a la ideología marxista, decide utilizar su situación privilegiada ante la juventud para combatir la civilización liberal”.

A partir de entonces, escribió Revel, “la misión de los maestros ya no será enseñar sino acabar con el capitalismo e impedir el paso del imperialismo”. En esta nueva tarea no se librarán de participar ni siquiera los libros de lenguas extranjeras. Las escuelas se convertirán en centros de convivencia donde la “apertura al prójimo y al mundo” tomará mayor importancia que el cultivo del saber. Se eliminará completamente el criterio, considerado reaccionario, de la competencia: “El alumno no deberá aprender nada y el profesor podrá ignorar aquello que enseña”.

Revel, en su libro, habla de la distinción entre “la educación-información” y “la educación-formación” y recomienda que, para designar a la primera, se recupere la palabra “instrucción” ya desaparecida: “Pienso que convendría para designar a la primera (educación-información), volver al hermoso vocablo de instrucción, que es la transmisión del simple conocimiento, y reservar el de educación para el segundo trabajo (educa-



ción-formación), que tiene por objetivo incorporar a la personalidad una concepción de la realidad y un estilo de comportamiento”.

Conviene recordar que, en 1932, el gobierno francés que presidía Édouard Herriot, del partido radical de izquierdas, decidió rebautizar el Ministerio de Instrucción Pública y llamarlo Ministerio de Educación Nacional. Curiosamente, pocos años después, al final de nuestra guerra civil, Franco hizo exactamente lo mis-

mo en España.

A partir de 1968, dice Revel, al burdo adoctrinamiento se une un nuevo componente ideológico:

“que la simple transmisión del conocimiento era reaccionaria (...) El buen alumno debe ser mantenido al nivel del malo, considerado como el equitativo punto medio social. Toda tentativa para ver en la enseñanza una máquina para detectar talentos y proporcionarles medios de desarrollo es calificada de elitista y, como tal, condenada por reaccionaria. Ese sistema pedagógico aniquila la gran función histórica de la escuela, su verdadera vocación democrática, que es corregir las desigualdades sociales con las desigualdades intelectuales”.

La ideología que anima esta teoría igualitaria, dice Revel, es que las desigualdades naturales no existen y que “solo las desigualdades sociales explican las desigualdades de éxito en los estudios”. Lo cual, para Revel, no solo no es cierto, sino que conduce a la gran injusticia de impedir que quienes no tienen recursos suficientes se abran paso en la vida. ☹

**El suicidio de Occidente. La renuncia a la transmisión del saber.* Alicia Delibes Liniers. Ediciones Encuentro. España, 2024.

HOMENAJE >> CREADORA DEL MUSEO DE LOS NIÑOS

Alicia Pietri de Caldera: hacedora de sueños

Abogado e historiador, José Gregorio Villegas ha publicado un homenaje biográfico a Alicia Pietri de Caldera (1923-2011), dos veces primera dama y presidenta de la Fundación del Niño. En 1995 fue reconocida con el Premio Mujer por la Paz, otorgado por *Together for Peace Foundation*. La publicación incluye numerosas imágenes, que enriquecen el recorrido

JULIO RODRÍGUEZ BERRIZBEITIA

Seguir la trayectoria de una de las mujeres venezolanas más notables del siglo veinte y parte del que ya estamos recorriendo, nos obliga a tratar de entender la presencia entre nosotros de una vida que mostró de forma sorprendente su misión y el propósito de una inteligencia dedicada a su familia y al engrandecimiento de su país a través de su servicio a la infancia venezolana. Tuve la suerte de conocerla cuando todavía rondábamos por los últimos años del bachillerato en el Colegio San Ignacio, época en que con su hijo Andrés y otro grupo de compañeros tratábamos, en el Centro de Estudiantes, de definir nuestro futuro en términos de cuál podía ser nuestro servicio al país. Sorprendía encontrarse frente a una personalidad que transmitía con modestia y sencillez una idea clara de lo que había que hacer aquí y ahora. La señora Caldera poseía una extraordinaria capacidad organizativa, con un orden mental capaz de combinarlo con abundantes dotes ejecutivos. Manejaba, sin ningún tipo de conflicto, ideas contrarias y alternativas que en su mente formaban una síntesis refinada y necesaria de lo que se podía hacer en ese momento. En la ejecución de los planes llevados a cabo a lo largo del primer período presidencial de su marido desde la Fundación Festival del Niño, sin desmerecer lo realizado anteriormente, demostró que se podía unir el pasado con el presente para mejorar la gestión a realizar. En el segundo período presidencial del Dr. Caldera la primera dama entendió que la Fundación ya no era la del primer período, ya que nos encontrábamos en un país diferente, lo cual exigía esfuerzos y orientaciones adicionales a las vidas en el pasado. En medio de ambos períodos presidenciales Alicia Pietri de Caldera se dedicó en cuerpo y alma al Museo de los Niños que hoy sigue siendo la viva imagen de una acción profundamente comprometida con la niñez venezolana.

Búsqueda para imaginar

Los programas realizados a través de la Fundación, en los períodos señalados, mostraban



ALICIA PIETRI DE CALDERA / ©VASCO SZINETAR

una profunda búsqueda personal y en equipo, de adecuar la actividad a realizar, con un lenguaje sencillo y fácil de ser comunicado; a reforzar el razonamiento y la creatividad; a insistir en la necesidad de proteger y estimular la estructura familiar; a promover hábitos higiénicos y a realizar el desarrollo intelectual a través de las habilidades matemáticas y el uso del cuento como instrumento de los ejemplos que alimentan la imaginación. Una gran parte de ese mensaje puede leerse en las *Páginas para imaginar* de la Fundación Festival del Niño, publicadas entre 1969 y 1973. Las mismas son un testimonio único de cómo reunir el talento disponible para la época con el objetivo de crear un instrumento de comunicación efectivo, al igual que el programa *Sopotocientos*, para llegar a los niños de todo el país, especialmente aquellos que no contaban con los medios adecuados para despertar la imaginación a través de cuentos, poesías y canciones. En la presentación de las *Páginas para imaginar* de 1969 la señora Caldera escribía:

“Estos son algunos de los mejores cuentos, poemas y canciones escritas para ti, niño venezolano. En cada figura podrás descubrir nuevos mundos de emociones y belleza. Podrás descubrir también que leer es una aventura maravillosa, en la cual se participa y se vive intensamente. Por eso llamamos a este libro *Páginas para imaginar*. (La obra contó con un valioso diseño del artista plástico Mateo Manaure)”¹.

Posiblemente doña Alicia no pudo dejar de sonreír cuando en la obra ya mencionada Aquiles Nazoa terminaba un cuento con una despedida:

“Le sonrió con esa sonrisa que los seres sencillos no suelen tener sino para los que comparan un secreto maravilloso”².

En las *Nuevas páginas para imaginar* de diciembre de 1970 doña Alicia se dirige a sus destinatarios infantiles señalando que “A través de *Páginas para imaginar* encontramos un camino para llegar a ti, niño venezolano; encontré un medio efectivo para comunicarme contigo”³. En la misma obra se incluye una carta del poeta Pablo Neruda en la cual solicita a la esposa del presidente venezolano la publicación de su poesía “Las aves del Caribe”. Con qué emoción doña Alicia y los niños de Venezuela habrán leído del bardo chileno: “...la voz opaca tengo, y la voz de un corazón sombrío, y yo no soy en la arena del Caribe sino una piedra que llegó del frío”⁴. La carta de Neruda es una manifestación de admiración por la persona y la obra representada por ella, independientemente de las posturas que cada quien asume frente al tránsito temporal.

En *Otras páginas para imaginar* (diciembre de 1971) la Fundación continúa con el esfuerzo de mantener una obra que abre a través de la imaginación de los niños los caminos de tiempos venideros. En el mensaje de ese año doña Alicia refuerza la idea de que “Mientras el amor por la ternura, los asuntos inspirados por la generosidad y el deseo de servir que van en las páginas de este libro contribuirán a hacerte mejor, y a provocarte mayores deseos de corresponder a las esperanzas que tenemos en ti”⁵. En *Más páginas para imaginar* (1972) se celebró con dicha obra el “Año Internacional del Libro” que contó con las ilustraciones de Alfredo Rodríguez. En la obra mencionada la señora Caldera nos señala que:

el tiempo de los demás, era una característica de su gran condición humana. Nos reunimos a los quince días. Al llegar a Tinajero, estaba allí Alba de Revenga, quien me explicó la idea de doña Alicia. A partir de ese momento, nos comenzamos a reunir cada quince días. Fue un trabajo, el de Alba y mío, *ad honorem*. Alba en la parte creativa –en la cual era magnífica– y yo en la recaudación de fondos y el reclutamiento de voluntarios”.

Continúa Carmen Cecilia de Mayz transmitiendo sus recuerdos: “Alba y yo visitamos muchos terrenos baldíos del Estado, que ofrecían para la construcción del museo. Recuerdo uno en la parte de atrás del Parque los Caobos. Nosotras estábamos encantadas, porque podíamos combinar la naturaleza y el conservacionismo. Pero el dinero no alcanzaba. Allí, en Quebrada Honda, construyeron el Palacio de la Música, que hoy lleva el nombre de Centro Social de Acción Social por la Música. También en Anauco arriba vimos una hermosa casa. Finalmente, Tony López Acosta, presidente del Centro Simón Bolívar, nos ofreció un espacio en Parque Central. El presidente Luis Herrera Campíns respaldó la idea. Fue a Consejo de Ministros y se aprobó junto con su comodato”. Es enfática Carmen Cecilia al decir: “Este espacio fue pensado, diseñado y construido para el Museo de los Niños. Difícilmente puede funcionar

“Trabajar por los niños y con los niños es algo que no cansa. Ellos le devuelven a uno, en un gesto, en una mirada, en una frase espontánea, todo el esfuerzo puesto para atenderlos. No les aburre nada; todo les impresiona; tienen una capacidad ilimitada para recibir, para comprender, para asimilar”⁶.

De nombre Esperanza, de apellido Futuro

Alicia Pietri de Caldera, madre de seis hijos, no podía dejar de mencionar, frente a la reacción de los niños ante las *Páginas para imaginar*, su candor y sorpresa ante la impresión causada “en el alma de niño ante un cuento hermoso”. Siempre con un sentido crítico, pero no para lamentar lo pasado, sino para construir un mejor futuro, tenía claro los fallos cometidos en uno de los ensayos de literatura colectiva infantil más importantes que hemos tenido. Pero para ella realizar un plan sistemático de producción de una buena literatura infantil le pareció “un objetivo interesante”. Con una mirada puesta en el futuro sintetizó el trabajo realizado: “...confío que esta serie renovada en su presentación, lo mismo que en su contenido y quizás en su nombre, continuará indefinidamente al servicio de la infancia venezolana”⁷.

Pero el esfuerzo de unas páginas para la imaginación continúa a pesar de no contar ya entre nosotros con la presencia de una mujer extraordinaria que pensó en el poder de la portentosa imaginación de los niños. Si visitamos hoy el Museo de los Niños de Caracas, su séptimo hijo, hay una sala dedicada a la lectura de cuentos para los niños. Entre los acompañantes que los niños encuentran al llegar a ese espacio del Museo están *El Principito* y *Alicia en el país de las maravillas*. Probablemente la presencia de Alicia, la del país de las maravillas, evoca el recuerdo de la Alicia que vivió entre nosotros, la que pensó que la infancia venezolana podía hacer de este país uno de maravillas. Quizás como la Alicia de Lewis Carroll, Alicia Pietri de Caldera, en donde se encuentre, podría vivir ese último pensamiento de su homónima:

“Por último, imaginó a su pequeña hermana, ya mayor convertida en mujer, pero conservando a través de los años el corazón puro y tierno de la infancia, alrededor de ella había otros niños, con ojos muy abiertos, que contemplarían quizás aquellos mismos personajes del país de las maravillas”⁸.

Pero en honor de nuestra primera dama de Venezuela, hoy en la sala de lectura del Museo de los Niños se leen cuentos y cuando uno se acaba se leen otros, de tal forma que el cuento nunca se acaba. ☺

- 1 *Páginas para imaginar*, Ediciones de la Fundación Festival del Niño, Caracas, 1969, p. 5.
- 2 *Páginas para imaginar*, ob. cit., p. 91.
- 3 *Nuevas páginas para imaginar*, Ediciones de la Fundación Festival del Niño, Caracas, 1970, p. 3.
- 4 *Nuevas páginas para imaginar*, ob. cit., p. 8.
- 5 *Otras páginas para imaginar*, Ediciones de la Fundación Festival del Niño, Caracas, 1971, p. 4.
- 6 *Más páginas para imaginar*, Ediciones de la Fundación Festival del Niño, Caracas, 1972, p. 5.
- 7 *Siempre páginas para imaginar*, Ediciones de la Fundación Festival del Niño, Caracas, 1973, pp. 5-6.
- 8 Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*, Editorial Renacimiento, México, 1959, p. 119.

El Museo de los Niños

El que sigue es uno de los capítulos del libro *Alicia Pietri de Caldera. Primera dama*

JOSÉ GREGORIO VILLEGAS

Al dejar el puesto honorífico de primera dama, apoyada por un grupo de amigos con quienes siempre compartió responsabilidades, entre ellos Alfredo Boulton, Carlos Beracasa, José Hoffmann, Ángel Ugueto, Luis Guillermo Villegas Barthell, Armando Vegas, Reinaldo Cervini, María Teresa Castillo, Paul Otamendi, Mary de Aldrey, José Giacopini Zárraga, Oscar de Guruceaga, Julio Sosa Rodríguez, Enrique Delfino, Erasmo de Santiago, Martín Tovar Zuloaga, José Rafael Revenga, Roberto Guevara, y algunas empresas privadas, Alicia Pietri de Caldera crea en marzo de 1974 la Fundación Museo de los Niños, con la rúbrica del Acta Constitutiva y los Estatutos. Una organización privada sin fines de lucro, independiente, activa y eficiente, con el objetivo

fundamental de llevar a cabo la realización de programas destinados a promover la recreación y la formación del niño, así como proveer al Museo de los Niños con los recursos necesarios para su pleno funcionamiento. El patrimonio inicial estuvo constituido por un aporte de trescientos ochenta mil bolívares (Bs. 380.000,00).

Se emplearon cinco años en su planificación. El proyecto contó con la participación del filósofo y crítico de arte Roberto Guevara, quien fue el promotor durante cinco años, y posteriormente de la socióloga Alba Fernández de Revenga y la licenciada Carmen Cecilia de Mayz, en la etapa de su montaje.

“El 16 de marzo, nos relata Carmen Cecilia, a las 6:30 de la mañana sonó el teléfono. Mi esposo tomó la llamada y me dice: es Alicia de Caldera. Lo recuerdo porque era el cumpleaños de mi esposo. Yo no lo podía creer, pensé que era una broma. Doña Alicia trabajaba desde muy temprano. Ya a esa hora tenía las cosas pensadas y planificadas. Eso le permitía amanecer trabajando. Conversé con ella y me convocó a una reunión en su casa, Tinajero. Le expliqué que tenía el tiempo copado y ella siempre respetó

allí otra cosa, dado que el acondicionamiento fue especial, con decirte que los pisos son Pirelli, anti resbalantes para que los niños no se caigan y la señalética en amarillo y blanco, todo fue pensado”.

“Contamos también con la colaboración de estudiantes que conocíamos o eran familiares nuestros, que se involucraron y realizaron su aporte con el contenido de sus tesis de grado. Una de estas tesis era sobre cómo montar un estudio de televisión y fue muy útil para nuestro espacio de comunicaciones. Otra tesis trataba sobre ecología y ambiente, la cual fue otro gran aporte. El presidente Herrera, con su idea del Estado promotor, fue muy generoso. En 1979, resaltó el sentido pedagógico y recreativo del museo, así como su trascendencia.

El Museo de los Niños funciona desde el 7 de agosto de 1982 en el Complejo Urbanístico Parque Central, cuando fueron abiertas sus puertas al público en general, convirtiéndose la idea de crear un museo para los niños y jóvenes venezolanos, que no se pareciera a los museos tradicionales, en una maravillosa realidad.

“Lo que más le gustaba del proyecto –decía Alba– es que era apolítico y de no ser así, sería la primera en irse porque el museo es de todos los venezolanos”.

(Continúa en la página 5)

HOMENAJE >> CREADORA DEL MUSEO DE LOS NIÑOS

Primera dama al cuadrado: un libro necesario

“El autor merideño José Gregorio Villegas, abogado de profesión, ha estudiado con esmero el papel desempeñado por las primeras damas de 1848 a 1999, pero el lugar de doña Alicia detenta una característica única en la categoría y genera esta obra particular de texto concentrado: acompañar en dos períodos presidenciales a su esposo, Rafael Caldera Rodríguez”

GERARDO VIVAS PINEDA

Sonrisas a granel para todo un país

Si de sonreír se trata, la Fundación Tomás Liscano presentó en diciembre 2024 el libro mejor dispuesto a perfilar sonrisas merecedoras de un sitio nacional. Título y subtítulo, *Alicia Pietri de Caldera. Primera dama*, acompañan en portada y frontispicio la fotografía de esa señora sonreída, ocupando nuestra memoria mucho más allá de lo inolvidable.

El autor merideño José Gregorio Villegas, abogado de profesión, ha estudiado con esmero el papel desempeñado por las primeras damas de 1848 a 1999, pero el lugar de doña Alicia detenta una característica única en la categoría y genera esta obra particular de texto concentrado: acompañar en dos períodos presidenciales a su esposo, Rafael Caldera Rodríguez, democráticamente elegido por el voto popular libre de sospechas y escondrijos electorales.

Lo que ahora destacamos, la capacidad de sonreír en circunstancias diferentes, no elude los rigores difíciles de la vida pintando la seriedad en el rostro; de hecho algo de severidad asoma no más comenzar la lectura: en el reverso del frontispicio la primera dama, seria y cautelosa en un *close-up* admirable, apoya su quijada en la mano izquierda, como observando algún inconveniente de los que frecuentemente brotaban en el país hambriento de desarrollo.

Sin embargo, en 30 capítulos breves de texto y generosos de fotografía la obra reparte la sonrisa perpetua de la señora Caldera en todo tipo de circunstancias familiares, sociales, políticas y comunicacionales. 172 páginas del volumen albergan 193 reproducciones, concediendo los primeros lugares a las 27 fotos de la primera dama acompañando a Caldera –el hogar, campañas electorales, viajes nacionales e internacionales, hechos de gobierno–, 20 fotos con la familia –padres, hijos, nietos, hermanas–, otras 20 con presidentes, jefes de Estado y de gobierno –los reyes de España Juan Carlos y Sofía, Jackie y John Kennedy, Betancourt, Leoni, Herrera Campins, Nixon, Ford, Clinton, Herzog, Aznar–, que contrastan con apenas 11 instantáneas donde doña Alicia figura individualmente, incluso tocando el arpa clásica que cultivó con maestría sin haber realizado estudios musicales. En el extremo contrario el protagonismo categórico y el espacio de los afectos mayores lo detenta la niñez: 51 retratos despliegan la dedicación de la primera dama a la Fundación Festival del Niño, al Museo de los Niños, al programa televisivo *Sopotocientos* y a las Aeroambulancias Infantiles. Tal exhibición sublima el blanco y negro de las imágenes –el color permanece ausente– en ágil diseño a cuarto de pliego. Al pasar la última página la alegría del recordado locutor y presentador *Musiú* Lacavalerie acompaña la sonrisa de doña Alicia, propiedad institucionalizada y afectiva de toda una nación, volando más allá de las fronteras. Hasta Cantinflas, genio del humor y la picardía continental, compitió en sonrisas al lado de la primera dama. Seamos objetivos: la singular contienda al parecer quedó tablas, según revela la página 105. Dan ganas de seguir mirando y leyendo. No era para menos.

Era para más: lo más sonoro, lo mejor sonreído

Hay en este libro un personaje colectivo de la venezolanidad que se viste de esperanza: las muchedumbres. 48 fotografías presentan a la señora Pietri de Caldera rodeada de multitudes tan diversas como ávidas de aprecio, pero una enorme reproducción a doble página digna de esa sonrisa especial trasciende a la carcajada, a pesar de que no está presente la primera dama: decenas de niños sonrientes y felices bajan del DC-9 de la línea Aeropostal Venezolana y corren hacia el terminal llevando al hombro los maletines del *Plan Vacacional*, programa de intensa colaboración institucional pública y privada creado por doña Alicia. Acompañada por un voluntariado como nunca se había visto en la nación, lo planificó para 105.000 chicos seleccionados con un objetivo extraordinario: “Que el niño venezolano sea feliz los 365 días



ALICIA PIETRI TOCANDO EL ARPA / ARCHIVO FAMILIAR

“la obra reparte la sonrisa perpetua de la señora Caldera en todo tipo de circunstancias”

al año”, como parafrasea José Gregorio Villegas en una cita de don Pedro Berroeta. Junto a estos logros también se exhiben eventos de significación singular: quince primeras damas nacionales y extranjeras acompañan a doña Alicia en compromisos de suma formalidad pero también de sencillez distendida: María Teresa Núñez de López Contreras, Irma Felizola de Medina Angarita, Carmen Valverde de Betancourt, Menca de Leoni, Blanca Rodríguez de Pérez, Betty de Herrera, Ligia Betancourt de Velásquez, Gladys Castillo de Lusinchí, Patty

Nixon, Consuelo González de Velasco, Rosa Elena de Betancurt, Ruth de Cardozo, María José de Sampaio, Christiane Herzog y Hillary Clinton. Antes de la Alicia presidencial nunca hubo tal ascenso grupal de las primeras damas a la máxima dignidad femenina, reunidas por la iniciativa de afecto popular hacia la nación propia en función de crear analogías espirituales internacionales.

No por número, sino por jerarquía humana, escogidas fotografías culminan la oferta solidaria de este libro en cuanto al gentilicio de la Venezuela en proceso de integración. La sección dedicada al programa *Un cariño para mi ciudad* explica la iniciativa no gubernamental para la promoción del conservacionismo ambiental y la recuperación de espacios públicos que desde la Caracas en busca de estima proyectaba para todo el país el amor por el suelo propio. Otro capítulo da lugar a la personalidad predominantemente hispánica de la nación –¿acaso no lo dictan así siglos de lengua, culto, historia y carácter?–, cuando gracias a doña Alicia se reafirmó su temperamento español en la instalación de una réplica de la nao *Santa María* sobre la laguna del antiguo Parque del Este durante el primer gobierno calderista, luego restaurada en el segundo período y reabierta con la presencia del príncipe Felipe de España. Eran tiempos en que la legítima identidad colectiva jamás se ponía en duda. Para consumir la misión venezolanista de la obra una foto muestra a Rafael Caldera saliendo de su quinta *Puntofijo* donde el liderazgo político de la patria fue capaz de pactar compromisos de construcción nacional, no voracidades ideológicas de disolución y ruptura. Doña Alicia y una familia entera fueron testigos presenciales y afectivos bajo su propio techo, con la fe católica practicante muy dentro de sus cuerpos. No por casualidad Alicia Pietri de Caldera –es imperativo mencionar la página 159– muestra su sonrisa más resuelta, serena y orgullosa al recibir de rodillas la Eucaristía de manos del papa San Juan Pablo II.

Por tanta entrega a su pueblo y a la hechura posible de futuro este es un libro necesario. Por cierto, a poco de su presentación la cadena librera más grande de Venezuela ha dispuesto esa portada sonriente en la estantería superior con las obras *Top Ten* en ventas. Más abajo otro anaquel ofrece complicidades desde el título *Alicia en el País de las Maravillas*. La sonoridad del nombre produce curiosas coincidencias entre el Lewis Carroll de la fantasía y la primera dama de las realidades. Mirando el juego de la simultaneidad da gusto contagiarse y sonreír. ☺

**Alicia Pietri de Caldera. Primera dama.* José Gregorio Villegas. Fundación Tomás Liscano. Venezuela, 2024.

El Museo de los Niños

(Viene de la página 5)

En la construcción del museo participó el arquitecto y profesor universitario Domingo Álvarez. Álvarez y un grupo de colaboradores se trasladaron a cuatro museos que sirvieron como modelo para su construcción: el Natural History Museum en Londres; el Exploratorium en San Francisco; el Children’s Museum en Boston, y el Ontario Science Center en Toronto. Domingo Álvarez usó luego la idea de cámara oscura y diseñó el edificio como una gran caja de colores, para transmitir una sensación de juego y de que podía armarse y desarmarse como si fuera una caja de tacos de madera.

El enfoque principal era la participación, una idea de avanzada donde se aprende jugando y se prohíbe no tocar. El artista y diseñador gráfico Jorge Blanco fue el responsable de crear la imagen acorde con la misión del museo, al ganar el concurso convocado en 1979. Jorge Blanco tomó muy en cuenta las características de los niños, a través de la utilización de imágenes infantiles, líneas sencillas, dibujos esquemáticos y colores primarios. El personaje creado por Blanco, presenta todas las áreas del museo y se llama Museoíto: el amigo de los niños, transformándose en la imagen animada del museo. Museoíto es un niño simpático, curioso y juguetón. La combinación de Museoíto jugando en el arco iris, simboliza la oportunidad que se da a los niños de divertirse mientras aprenden.

Existió también un pequeño museo sobre ruedas. Exhibía exposiciones itinerantes, y fue entregado a un particular. El museo sobre ruedas iba a las escuelas. Esta experiencia duró aproximadamente cinco años y colaboró con ella el arquitecto Antonio Machado.

En sus planes de investigación, la UNESCO tomó el Museo de los Niños como una nueva alternativa educacional través de la recreación.

Ese fue el tema del XXV Congreso de la Sociedad Internacional para la Educación Creadora a través de las Artes. Alicia viajó a Río de Janeiro del 22 al 28 de julio de 1984 para participar en las discusiones sobre educación creadora y el desafío de la transformación sociocultural.

Entre el 6 de febrero y el 27 de abril de 1986 el Museo de los Niños de Caracas, presentó una exposición temporal sobre el Cometa Halley, la cual fue muy bien acogida. Lo que llevó luego a tomar la decisión de abrir una exposición permanente acerca de la exploración espacial y los avances en astronomía y astronáutica.

El 12 de octubre de 1993, el presidente Ramón J. Velásquez inauguró *La conquista del espacio*, una aventura espacial, y Monseñor Marcial Ramírez Ponce, Ordinario Castrense, bendijo las instalaciones. Se abrieron al público el 20 de octubre. En esa ocasión, el presidente Velásquez calificó la inauguración como un hecho pacífico de afirmación del futuro de Venezuela, y agregó: “Soy un convencido de que Venezuela vencerá todos los obstáculos que pueda tener”. En 1993 se conmemoraba el Año Internacional del Espacio. El edificio anexo conocido como *La conquista del espacio* le agregó 3.700 metros cuadrados al museo. El edificio anexo del museo es un moderno edificio en estilo *curtain wall*, pero que permite ver desde fuera los objetos en exhibición, siendo esta la primera y mejor publicidad de la conquista del espacio.

La idea inicial del edificio era recordar una estación espacial. Pero es un solo museo, un solo edificio. El audaz reto lo asumió el arquitecto Henrique Siso, quien intentó reproducir la arquitectura escueta y unitaria de los cosmódromos. Como toda obra nueva e innovadora tuvo sus críticos y detractores. En 1987 se iniciaron los contactos con la National Aeronautics and Space Administration, NASA. Se contrató a una compañía norteamericana, recomendada



por ella, para asesorar sobre la exploración del universo y los últimos adelantos astronómicos. La empresa seleccionada fue Wonderworks (California) para la producción de las exhibiciones, logrando una sensación de fidelidad a la realidad de un 80%. El profesor Luc Meyfroirt, jefe del Área de Física del Museo, desarrolló el marco teórico del proyecto. Son tres pisos que incluyen el Planetario con el proyector Digistar, que genera imágenes en tercera dimensión. El ingeniero Juan Pablo Layrisse fue el coordinador de la construcción de la obra. Treinta y tres empresas hicieron realidad *La conquista del espacio*. Ellas fueron: Avensa; los Bancos Caracas, Lara, del Caribe, del Orinoco, Maracaibo, Principal, Provincial, Unión, Venezolano de Crédito, Bancor y Latino. También recibió el apoyo del Centro Simón Bolívar; de Coinasa; Commetasa; el CONAC; Corimon y sus empresas; Empresas Mendoza; de Empresas Polar; Banco Consolida-

do, Banco Mercantil, Diego Cisneros, Unión de Damas Hebreas; de la Gobernación del Distrito Federal, el Grupo Cofinanzas, el Grupo Financiero Banco de Venezuela, Marubeni-Macainca C.A., Mavesa S.A., Ostfeld, Hillo y Klara, PDVSA, Sivensa, Sistema Federal Sociedad Financiera Finalven, Tabacalera Nacional C.A., Toshiba Corporation y Vollmer Foundation Inc.

El Museo de los Niños se tomó como modelo en el vecino país de Colombia. El sábado 27 de agosto de 1987 fue inaugurado el Museo de los Niños de Bogotá, iniciativa del presidente Belisario Betancur y de su esposa, quienes conocieron el Museo de Caracas. Alicia dijo: “Soy portadora de un mensaje de los niños de Venezuela a los niños de Colombia. En un momento universal en el que fácilmente se desencadenan las pasiones por el mundo entero, son los niños los que con su diáfano entendimiento constituyen las más firmes clases para la paz”. El Alcalde de Bogotá, Julio César Sánchez García, le concedió la condecoración Orden al Mérito Ciudad de Bogotá en grado de Gran Oficial. Sin embargo, en las instalaciones del parque El Salitre, donde estaba el edificio de ladrillos del Museo de los Niños, se repartieron calcomanías que decían “El Golfo de Coquivacoa es de Colombia”.

El Museo de los Niños, una maravillosa realidad, crece y tiene un compromiso con Venezuela que se identifica con el amor de Alicia por el país. Su capacidad gerencial para reunir y dirigir un grupo de personas sirvió, y se comprometió con Venezuela cuando ejerció la institución de primera dama y al dejar esa posición continuó trabajando no solo por los niños sino también por la educación para su mejor futuro como ciudadanos y el de todo el país. Otras primeras damas continuaron obras que iniciaron mientras lo fueron. Lo que diferencia a Alicia es haber iniciado una obra después de haber sido primera dama. El Museo de los Niños no nació de los efectos de la magia que transfiere una posición próxima a la Presidencia de la República, donde la gente supone que todo es posible. ☺

AMÉRICA LATINA >> UN ACUERDO HISTÓRICO

La historia olvidada sobre el acuerdo del canal de Panamá

Quién se acuerda de que en torno al Canal de Panamá se firmó el acuerdo más significativo en política exterior del hemisferio occidental en el siglo XX, y todavía no hay nada que lo supere en este siglo XXI. Se logró gracias al empeño de tres grandes líderes: Omar Torrijos, Carlos Andrés Pérez y Jimmy Carter. Aquí contamos detalles de esta gran operación política

JUAN CARLOS ZAPATA

El presidente Omar Torrijos llegaba a la Cumbre de Bogotá sometido a una gran presión. Estamos en julio de 1977. Torrijos sabía por boca de su amigo mandatario de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, que Jimmy Carter se inclinaba por un acuerdo sobre el Canal de Panamá. Pérez había visitado a Carter en Washington un mes antes. Pero faltaban detalles. Menores y mayores. Y Torrijos no quería irse de aquella reunión sin el problema resuelto. Alfonso López Michelsen era el anfitrión. Sin embargo, de Torrijos y Pérez había surgido la iniciativa de impulsar el encuentro en el que además participaban José López Portillo, México; Daniel Oduber, Costa Rica; y Michael Manley, Jamaica. En el libro *La odisea de Panamá*, William J. Jorden, quien fuera embajador de los Estados Unidos en Panamá y amigo de Torrijos, recordó años después que Pérez no solo estaba convencido de la disposición de Carter por un arreglo sino de que el mismo fuera “justo”. Mientras los presidentes se encontraban en Bogotá, otra reunión se celebraba en Washington. Participaban Gabriel Lewis Galindo, nuevo embajador de Panamá en los Estados Unidos, y los negociadores, Diógenes de la Rosa, Arnoldo Cano, por Panamá, y Ellsworth Bunker y Sol Linowitz, por Estados Unidos. Los negociadores mantenían comunicación con el presidente Carter que pernoctaba en la casa de descanso en Plains y mantenían comunicación con los mandatarios en Bogotá. Testigo privilegiado, William J. Jorden también se encontraba en Washington con los negociadores. La reunión de Washington había sido una iniciativa forzada por Torrijos. Los negociadores llevaban medio año reuniéndose y Torrijos no quería darle más largas al proceso. “Lo que quiere, Bill, es que concretemos soluciones a los principales problemas y pueda él anunciar en Bogotá que el tratado está listo”, le dijo Gabriel Lewis a William Jorden. (En *La odisea de Panamá*). Los mandatarios se alojaron en el Hotel Hilton de Bogotá y se desplazaban en flamantes Mercedes Benz comprados para la ocasión.

El punto del Canal a nivel era uno de los escollos más difíciles. Estados Unidos pretendía construir un nuevo canal sin pedirle permiso a Panamá, y tampoco quería entregarle ese derecho a Panamá, pues podría cederle el contrato a otra potencia extranjera. Torrijos llegó a Bogotá con una estrategia concertada con uno de sus hombres de confianza, el abogado y “principal negociador”, Rómulo Escobar Bethancourt. La estrategia consistía en dibujar un escenario pesimista, lleno de escollos, con el propósito de enardecer los ánimos de los demás presidentes. Así, según Jorden, Escobar enumeró una “lista de agravios”, como “la negativa estadounidense de pagarle a Panamá lo que se merecía; la insistencia norteamericana de mantener tropas y bases en el corazón del hemisferio; el derecho implícito de Estados Unidos de intervenir en Panamá; la exigencia de la opción de construir un canal a nivel en Panamá independiente del sentir

del país”. La conclusión de Escobar no pudo ser más elocuente: “No, con ellos no llegaremos a un acuerdo”.

La sentencia cayó como un jarro de agua fría que los presidentes no se esperaban. Jorden señaló que “el primero en reaccionar fue el presidente Pérez”. Y es que Pérez, lo hemos dicho, creía que Carter se inclinaba por un buen acuerdo. Así se lo expresó a sus colegas de Colombia, México, Costa Rica, Jamaica y, por supuesto, a Torrijos. Jorden escribió que Pérez, “mirando a Torrijos”, señaló que “ustedes tienen que seguir negociando. Nosotros sencillamente tenemos que insistir en que Estados Unidos llegue a un acuerdo razonable con Panamá”. El mismo Torrijos se entendía bien con Carter. ¿Y quién no? Sin embargo, en la opinión del Departamento de Estado y de los negociadores pesaban mucho las inclinaciones izquierdistas de Torrijos y su amistad con Fidel Castro. Jorden, que para la preparación del libro consultó a los delegados asistentes en la Cumbre de Bogotá, destacó cómo Pérez escribía en una libreta sus propias ideas. ¿Dónde estarían esos apuntes?

Mientras parecía que los mandatarios con gestos y murmullos respaldaban el planteamiento de Pérez, Escobar insistía en el cuadro negativo. “La reacción fue exactamente la que buscaban Escobar y Torrijos: simpatía para la causa panameña, irritación con Estados Unidos y estímulo para seguir insistiendo hasta lograr un arreglo razonable”.

Jorden señaló que fue en ese momento que el “astuto” presidente de Venezuela se puso manos a la obra. “Estiró la mano para tomar una libreta y empezó a jugar con palabras. Solicitó sugerencias. López Portillo era el más abiertamente renuente a otorgar a Estados Unidos derechos unilaterales y el líder venezolano trató de encontrar una solución negociada”.

El propio autor de *La odisea de Panamá* había comentado líneas antes que “lo medular de la reunión de Bogotá y de las conversaciones esa noche en Washington y Bogotá fue el tema del canal a nivel del mar”. El punto había estado sobre la mesa de negociaciones en 1967. Sin embargo, unas recientes declaraciones del presidente de Carter en Yazoo City, Mississippi, y en New Orleans, lo había traído de vuelta. Así, con el tema posicionado en la opinión pública, en julio de 1977 el equipo negociador incluyó en el borrador del acuerdo, “un artículo rigidamente redactado que daba a Estados Unidos la opción exclusiva de construir un canal a nivel del mar. Esa opción se convirtió en la manzana de la discordia durante la reunión” de presidentes en Bogotá.

Escobar también pensaba que para que la estrategia terminara de funcionar, el general Torrijos tenía que poner de su parte. El abogado negociador quería ver y oír a un Torrijos hablando con “firmeza”, incluso molesto, enfurecido, enojado. Gabriel García Márquez, amigo de Torrijos, lo había descrito recientemente en un artículo como un hombre cruzado de tigre y mula. Así que Escobar decidió provocar a la fiera. Antes le hizo el planteamiento al presidente de Colombia, y el anfitrión entendió y se prestó para la jugada. Entonces López Michelsen lanzó la frase que encendió a Torrijos: “Estados Unidos tiene reclamos justos de su lado; no seamos irrazonables”. De esa manera, Escobar destapó al Torrijos que buscaba. “Torrijos habló con pasión y persuasión”, y “sus palabras impactaron enormemente a los demás”.

—Vinimos aquí para anunciar la conclusión del tratado y tomarnos un descanso. Pero esto es un entierro —dijo Torrijos”.

¿Es este clima el que puede explicar por qué en la rueda de prensa



OMAR TORRIJOS Y CARLOS ANDRÉS PÉREZ

posterior, Torrijos se mostraba hosco, triste, silencioso? Algo imposible en él. El embajador Jorden escribió que Torrijos “podía ser muchas cosas, pero aburrido jamás”.

Logrado el objetivo, Escobar y el ministro de Educación, otro de los expertos que había llevado Torrijos a Bogotá, trabajaban sobre las líneas escritas por “Carlos Andrés Pérez y los demás”, aseguró Jorden en su libro *La odisea de Panamá*.

Una cita con el colonialismo

Carlos Andrés Pérez siempre estuvo vinculado a Panamá. En 1948, los militares tumbaron a Rómulo Gallegos y, tras un breve paso por prisión, a Pérez lo expulsaron a Curazao. Siguió por Bogotá, donde percibió el ambiente de guerra civil debido al reciente asesinato de Gaitán. Después el gobierno de Bogotá lo intercambió por un guerrillero colombiano y lo entregó a la dictadura en Venezuela. De nuevo preso para más tarde ser expulsado a Panamá, donde se encontró con “un ambiente muy colonial. El país estaba sometido a la dura presencia norteamericana en el canal”, le dijo a Alfredo Peña en 1979 para el libro *Conversaciones con Carlos Andrés Pérez*. En Panamá, Pérez se vinculó a la dirigencia democrática. Condujo un programa de radio, *Venezuela Libre*, con el que combatía la dictadura. En 1970, volvió a Panamá y un testigo lo oyó decir estas palabras: “Mientras la Zona del Canal exista bajo jurisdicción norteamericana, Panamá no habrá perfeccionado su independencia”. El testigo era Eduardo Morgan, abogado, exministro de Justicia en 1968 y exembajador de Panamá ante Japón y Estados Unidos. Morgan dejó escrita la frase en su blog personal. Morgan también relató cómo se construyó la relación entre Torrijos y Pérez, y en la que el propio Morgan tuvo participación. Con algunos cambios, el relato de Morgan fue corroborado por Pérez, en la entrevista que ofreció en 1996 al poeta Caupolicán Ovalles para el libro *Usted me debe esa cárcel. Conversaciones en La Ahumada*.

La Ahumada era el nombre de la casa de Pérez en Caracas y el título se debe a que el presidente, ya fuera del poder por la conjura de 1993, estaba recluso en su residencia. Pérez le reveló a Caupolicán Ovalles que se enteró de un complot contra Torrijos por vía del diputado de Copei, Rafael Clarencio González, pariente de alguien que antes había conspirado contra Torrijos y estaba asilado en Caracas. Lo que le pedía Rafael Clarencio González a Pérez era que le solicitara a su amigo presidente José Figueres que permitiera el paso de los complotados por la frontera de Costa Rica a Panamá. Antes de mover un dedo, Pérez llamó a Figueres y le solicitó su opinión sobre Torrijos, y aquel le expresó la mejor referencia. Pérez aun no tenía una idea clara de quién era Torrijos, y lo imaginaba “un dictador de ideas renovadas”. Entonces entró en el detalle de que tenía que informarle algo muy importante al presidente Figueres, y que requería de un correo, de un mensajero, para enviarle una carta en la que le explicaría el asunto. José Figueres procedió en consecuencia, envió el emisario, un viejo conocido de Pérez (señaló a un tal Jiménez y no a Morgan, aunque podemos apostar que se trata de una confusión temporal de Pérez), quien llevó la carta a Costa Rica y habló también con Torrijos. El mensajero portaba el siguiente mensaje de parte de Pérez:

“Dígale a Torrijos. Yo no lo conozco, pero el aval que me da Figueres me basta para saber que es un hombre recto. Advértele que hay este plan”.

La conspiración fue abortada, y en diciembre de 1974, con motivo de la celebración del Sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho en Lima, Torrijos y Pérez se conocieron, y Torrijos encontraría en Pérez el aliado incondicional e incansable en la causa por la soberanía del canal de Panamá. Pérez veía a Torrijos como, se lo dijo a Caupolicán Ovalles, “un hombre interesante, de una llaneza, de una crudeza y auténtico en sus juicios, de una sencillez impresionante pero que impactaba con su ingenio. Era un hombre irrepetible. De un temperamento y un instinto democrático, pero hecho en el cuartel. Era un hombre de pocas palabras, pero profundo”.

El plan de Carlos Andrés Pérez

Desde aquella observación de que Panamá no sería enteramente libre sino recuperaba la soberanía del canal, Pérez tenía el tema entre ceja y ceja. Al asumir la Presidencia por primera vez, colocó entre sus “grandes iniciativas” sumarse “a la lucha por la soberanía del canal de Panamá, para darle proyección latinoamericana”. Invitó en 1974, a su primera investidura, a Carlos Iván Zúñiga Guardia, líder político que lo había protegido en aquel exilio cuando el ahora presidente andaba en 26 años. Un lustro atrás, Zúñiga había sufrido cárcel en la Panamá de Torrijos. A pedido de Zúñiga, en el discurso de toma de posesión, Pérez incluyó un párrafo sobre la reivindicación del Canal, según escribió Carlos Pérez Zúñiga, hijo de aquel, en un artículo publicado en febrero de 2011 en el diario *La Estrella* con motivo de la muerte de Pérez, acaecida el 25 de diciembre de 2010.

(Continúa en la página 7)



JIMMY CARTER Y CARLOS ANDRÉS PÉREZ / ARCHIVO

La historia olvidada sobre el acuerdo del canal de Panamá

(Viene de la página 6)

Y fue precisamente Pérez quien le dijo a Henry Kissinger, a la sazón secretario de Estado de EEUU, que se metería de lleno en la cuestión del Canal y en el respaldo a Torrijos. En la cumbre de Lima, donde conoció a Torrijos, donde ambos fueron condecorados por el presidente Juan Velasco Alvarado, se propuso salvar uno de los escollos más sensibles, el cual tenía que ver con López Michelsen: que Colombia reconociera la soberanía absoluta de Panamá sobre el Canal, y que, a cambio, Colombia y Costa Rica, países limítrofes, gozaran de privilegios a perpetuidad por el uso de la vía. Pérez también le señaló al presidente López que era inconveniente la posición sostenida por Colombia desde el anterior gobierno de Misael Pastrana Borrero de que el acuerdo debía ser tripartito, y que la negociación involucrara a Colombia como actor, debido a que el tratado de la independencia de Panamá era tripartito; y lo era, en vista de que antes de ser independiente, Panamá era territorio colombiano. A Pérez no le sacaban de la cabeza que Estados Unidos estaba detrás de la maniobra de Colombia con el fin de evitar la firma de un nuevo tratado. Todas las veces que a Pérez se le preguntó sobre este tema, siempre mantuvo esa posición, tanto en las *Conversaciones con Alfredo Peña* como en las *Conversaciones con Caupolicán Ovalles* y en las *Memorias proscritas con Ramón Hernández y Roberto Giusti*.

A Ovalles le declaró que de la reunión en Lima viajó a Bogotá con una parada en Quito donde tenía que ver al presidente de Ecuador, Guillermo Rodríguez Lara, que no había asistido a la cumbre, y esa ausencia le preocupaba. Tampoco López había estado en Lima, pero envió al canciller y por boca del ministro, Indalecio Liévano Aguirre, Pérez confirmó sus temores sobre el gobierno de Colombia. Llegó a Bogotá pasada la medianoche y para su sorpresa, fue recibido con el protocolo de rigor como si estuvieran a plena luz del día. Le contó a Ovalles y la versión fue ratificada para este artículo por quien fuera uno de sus acompañantes; que Pérez le dijo a López que para qué pronunciar discursos “si nadie los va a escuchar ni nos va a ver a esta hora”, y López le respondió: “Tenemos que decirlos pues ya yo envié el mío a *El Tiempo*”. De Pérez vino la solución. Que el acuerdo se firmara entre Panamá y los Estados Unidos y que luego Torrijos aceptara lo que Colombia ya poseía desde que Panamá dejó de ser parte de su territorio, el paso libre a perpetuidad por el Canal. Reunidos en un salón del aeropuerto, López insistía esa madrugada que no firmaría el tratado si no se atendía a su demanda.

“—Caramba, presidente Pérez, ese planteamiento es para Colombia algo imposible”.

Pérez le reconoció a Caupolicán Ovalles que la conversación no resultó nada fácil. Diego Arria, factor de peso en el gobierno de Pérez, que estaba allí, oyó cuando Pérez le dijo a López que “pensara en la historia, en la puerta grande de la historia”.

Según lo recogido por Ovalles, Pérez basaba su planteamiento en varios puntos. Uno, que Torrijos debía ser respaldado por toda América Latina. Dos, que el Canal debía ser un gesto solidario de la región y así “convertir el proceso en un gran triunfo de América Latina”. Tres, que esa victoria debía a su vez convertirse en “un ardoroso paso de integración”. Y cuatro, evitar que Torrijos, que estaba decidido a seguir adelante en su reclamo, “se lance en un acuerdo con Fidel Castro, en vista de que lo dejamos abandonado”.

Pérez observaba en Torrijos lo mismo que el embajador Jorden. “Cuando lo conocí en Lima, constaté que era un hombre dispuesto a luchar

por el canal, a cualquier precio”, le señaló a Ovalles, y hay que entender que ese precio podía llamarse Fidel Castro, o podía ser el quinto punto que Pérez no mencionó, y que no era otro que la vía violenta, la guerra de guerrillas, la destrucción del Canal, opción que Torrijos barajaba sin descartarla, y que es un punto referido por García Márquez en un reportaje y entrevista de RTVE de 1995, y sobre el que Graham Greene ofreció detalles más precisos en *Descubriendo al general*. (Además, el sabotaje del Canal, era un plan que Castro consideraba necesario en su línea de lucha contra los Estados Unidos).

Aunque para Colombia era un asunto insalvable, López Michelsen al final “simpatizó con la idea”, dijo Pérez en las *Conversaciones con Alfredo Peña*. Era “un hombre muy inteligente, progresista y audaz, no obstante el conflicto que podía crearse con cierto sentimiento colombiano”. Además, tenían entre manos el antecedente de haber trabajado juntos por el proceso de restablecer las relaciones con Cuba, iniciativa discutida y votada en la IX Cumbre de la OEA celebrada en Quito entre el 8 y el 12 de noviembre de 1974. “Con Carlos Andrés Pérez propicié la reunión de Quito para modificar la situación del continente frente a Cuba”, declaró López Michelsen en el último número de *Alternativa* en marzo de 1980, entrevista que lleva el irónico y paradójico titular, “No les voy a dar otra entrevista”. Después, el expresidente hizo esta reflexión en el libro-entrevista con Enrique Santos Calderón, *Palabras pendientes*: “Lo que ante todo hizo mi gobierno fue contribuir como pocos en Latinoamérica a que se lograra la negociación del Canal de Panamá”.

“—Algunos de mis malquerientes me acusaron de haber entregado los derechos de Colombia en las reuniones del Grupo de Contadora, que éramos Torrijos, Odúber –de Costa Rica–, Carlos Andrés Pérez y yo. Sin embargo, desde el punto de vista nuestro, el derecho verdaderamente importante era el de poder pasar los buques de guerra colombianos, sin peaje, por el Canal, y eso se conservó”.

Pérez logró su propósito con el pre-

sidente López en esa reunión en el aeropuerto de Bogotá. Pero ahora le tocaba hablar con Torrijos. La primera oportunidad llegó de forma inmediata, una cumbre de países de Centroamérica al día siguiente de su retorno a Venezuela a la que asistía el general. De entrada, a Torrijos no le gustó la idea de cambiar una cosa por la otra. “Los colombianos tienen que saber que Panamá es Panamá”, le indicó Pérez a Ovalles, que le precisó Torrijos. Con cierta dosis de humor fino, Pérez calificaba la posición de López Michelsen de “oxfordiana” y la de Torrijos de “tropical”. Torrijos le pidió 15 días para pensarlo. Dos semanas que se hicieron largas. Cuando Pérez lo llamó y le insistió, Torrijos justificó su postura. La propuesta originaba mucha resistencia en los factores económicos y políticos de Panamá. En consecuencia, optó por enviarle a Venezuela una delegación de 40 personas que se oponían al planteamiento. Se reunieron en La Orchila, la isla escenario de tantas “conspiraciones” nacionales e internacionales. Al término de varias horas de reunión, Pérez los convenció. Y superado este escollo, luego, por iniciativa suya, se produjo la reunión en la isla de Contadora con Torrijos, Odúber, López Michelsen y él mismo, en la que ratificaron el acuerdo. Fue, por cierto, Pérez quien redactó el comunicado, y redactó la carta que se le envió a cada mandatario de América Latina y quien redactó la carta que se le envió al presidente Gerald Ford de los Estados Unidos.

“—Yo la redacté en una noche. Una carta muy dura con todos los aspectos de la reclamación de Panamá” (*Conversaciones con Alfredo Peña*).

En cuanto al documento a firmar, Pérez reveló a Ovalles que llegó a la reunión con cierta ventaja. “Pasé toda la noche trabajando y afortunadamente la paloma del Espíritu Santo me acompañó y me iluminó para escribir ese documento tan importante. Je, je, je. Yo ya llevaba material, lo confieso, elaborado junto con un gran panameño, Diógenes de La Rosa, esto me facilitó la redacción que sorprendió en la mañana a los presidentes y mereció total aprobación”.

Este Diógenes de la Rosa no era un personaje cualquiera. Había sido embajador de Panamá en Venezuela y había formado parte de la comisión negociadora del acuerdo después de los disturbios de 1964 en Ciudad de Panamá, honor que volvió a recibir en 1972 y en 1974, ya con Torrijos en el poder. William J. Jorden anotó que De la Rosa era “una autoridad en las

relaciones entre Estados Unidos y Panamá... Septuagenario, inteligente, de modales suaves cuya memoria sobre conversaciones y problemas respecto a los tratados se remontaba mucho más atrás que la de cualquiera de sus compatriotas”. Así que, por lo visto, Pérez no estaba, ni de lejos, mal asesorado.

De Bogotá a Washington

En Bogotá se avanzaba y en Washington también ocurría lo propio. Los negociadores eran “optimistas”, pues, según Jorden, que estaba ahí, en unos puntos había acuerdo, y otros estaban en vía de solución. Se cumplía así lo anticipado por Pérez, que “los demás puntos planteados en la mesa podían solucionarse razonablemente”. Pero el tema de la discordia “no había sido abordado en Washington”, quedó sin solución en la primera jornada y pasó para el día siguiente. “Después de las conversaciones sobre aspectos económicos y pagos, áreas habitacionales y otros asuntos, el tema volvió a primer plano”. Desde Bogotá se comunicaba que la propuesta de los Estados Unidos de reservarse la opción exclusiva de construir un canal a nivel del mar era “totalmente unilateral”. Bogotá ahora manejaba una contrapropuesta que comunicó a Washington. Sostenía que, de darse el caso de la construcción de un canal a nivel del mar, las partes debían negociar “sobre la base de condiciones mutuamente acordadas”. El equipo de negociadores americanos reaccionó. “En otras palabras esto significa que no nos darán la opción exclusiva”. Era un asunto delicado, sobre todo, si se pensaba que el Congreso debía ratificar el acuerdo.

Sin embargo, resultó que Carter desde su casa en Plains, no descartó de entrada el texto de Bogotá, pero se preguntaba qué pasaría si Panamá decidiera negociar con otra potencia, con los soviéticos, por ejemplo, o con Cuba. (O con China, diría hoy). Así que solicitó que se le agregaran unas líneas en las cuales se contemplaba que la construcción del nuevo canal estaría sujeto a lo que se contemplara en “este o en otro convenio firmado entre las partes”. O sea, al decir de Jorden, mientras que la fórmula de Bogotá era la negociación entre las partes, en cambio en el agregado de Carter, Estados Unidos se reservaba el derecho a vetar la construcción de un canal “por parte de otras potencias”. Con esos términos, Carter calculaba superar la eventual dificultad que podría surgir en el Congreso. Por

supuesto, la idea no tuvo acogida en Bogotá, y la inquietud, la incomodidad, la tensión, aumentaron de nivel entre los mandatarios. (Ya Manley se había marchado para atender otro compromiso en Jamaica).

“El fondo del asunto, para ellos, –resumió Jorden– era que Panamá no podía firmar un convenio con otro país para la construcción de un canal en su propio territorio, pero Estados Unidos sí tenía la libertad de hacerlo con otro país centroamericano si así lo deseaba”.

Jorden describió el ambiente que reinaba, y ese ambiente tuvo este instante crucial: “Torrijos miró a su alrededor, evaluó el estado de ánimo del grupo y dijo:

—Ustedes, amigos míos, redacten algo. Sea lo que sea, yo lo aceptaré y espero que Carter lo acepte también”.

Entonces Carlos Andrés Pérez “tomó la iniciativa y redactó un nuevo texto conocido como el ‘párrafo B’ que le fue dictado a Lewis” en Washington.

Habrá que ubicarse en el momento. Pérez tomó la iniciativa. Cogió su libreta, su lápiz y escribió. No había teléfonos celulares. No pudo haber llamado a De la Rosa a Washington para que le dictara lo que debía escribir. Esta vez, la redacción era cosa suya. Pérez era un hombre decidido y aplicó sus conocimientos de derecho. El párrafo quedó así:

“Que durante la vigencia del Tratado del Canal, los Estados Unidos no negociarán con terceros Estados el derecho para la construcción de un canal interoceánico por ninguna otra ruta en el territorio del Hemisferio Occidental y que no emprenderán la construcción de un canal en el territorio americano”.

El texto voló por télex al Departamento de Estado y de allí a la Casa Blanca a donde ya había regresado Carter. El presidente consultó a Zbigniew Brzezinski, consejero de Seguridad Nacional, a Hamilton Jordan y a otros de sus asesores más inmediatos. El artículo redactado por Pérez no fue aceptado. Pero al parecer tuvo el impacto suficiente para que en Estados Unidos saliera humo blanco. “El mensaje de Carter para Torrijos, transmitido por vía del embajador Gabriel Lewis, fue:

—Dígale al general Torrijos que acepto el texto que él redactó con sus colegas sin cambiar una sola coma. El agregado de Washington (párrafo de Estados Unidos) no va, ni tampoco el párrafo B (agregado de Bogotá)”. (En *La odisea de Panamá*).

(Continúa en la página 8)



CARLOS ANDRÉS PÉREZ Y JIMMY CARTER / ARCHIVO PARA LA CULTURA URBANA

La historia olvidada sobre el acuerdo del canal de Panamá

(Viene de la página 7)

Jorden comentó que “Carter felicitó a Torrijos por la ‘valentía demostrada’, y expresó su gratitud al presidente colombiano López Michelsen, anfitrión en Bogotá, diciendo que se ‘alegraba de haber llegado a un acuerdo’. Los presidentes reunidos en Bogotá manifestaron su complacencia. Emitieron un comunicado conjunto en el cual expresaban que el fin del control estadounidense sobre la Zona del Canal significaba el fin de un vestigio colonial en el hemisferio occidental”. También incluyeron en el comunicado, “un significativo encomio al presidente Carter. Expresaron que ‘el espíritu que ha guiado al presidente Carter en las negociaciones...servirá para fortalecer la amistad y cooperación en el hemisferio occidental”’.

Acaba de llegar una noticia

Medio año después, a las 7 y 30 de la noche del 18 de abril de 1978, a punto de salir del Palacio de Miraflores a una reunión con la Federación Campesina de Venezuela, Carlos Andrés Pérez recibió la noticia de que el Senado de los Estados Unidos había aprobado el acuerdo del canal de Panamá. Estaba feliz, se habían despejado las dudas para Carter, Torrijos, el pueblo de Panamá, América Latina, y él mismo. Había llamado a Torrijos. Habrá pensado en el largo camino que se recorrió hasta alcanzar la victoria final. Esa noche, ante la dirigencia campesina, hizo la primera valoración de lo ocurrido. Así la recogió el prestigioso periodista, Pierre Salinger, exsecretario de Prensa del presidente John F. Kennedy, en el libro *Viajes y conversaciones con Carlos Andrés Pérez*:

“—Este es un triunfo para América Latina que nos va a llenar de estímulo, que va a entusiasmar a nuestros pueblos para seguir la lucha por la integración latinoamericana, que es el único camino, el desiderato para nuestra auténtica liberación económica. También honra al gobierno de los Estados Unidos, honra al Congreso de los Estados Unidos esta decisión que borra de la historia una mácula que pesaba sobre aquella gran nación, ya que habiendo sido la primera que en América se liberó del colonia-

lismo, mantenía en la realidad un estatus colonial dentro de una república latinoamericana como es Panamá.

Era un Carlos Andrés Pérez casi que eufórico. Había funcionado su estrategia de hacer del canal de Panamá una causa de alcance y solidaridad continental, y de enfrentar el reclamo, unidos y no desunidos. En la cumbre de Lima de diciembre de 1974, lo había dejado bien claro:

—El pasado afirmativo es el camino de la historia de la grandeza latinoamericana. Atarnos a los errores del pasado y no enfocar con visión y mentalidad contemporánea las realidades del mundo de nuestro tiempo, y los objetivos de nuestras políticas para la liberación económica, es la causa eficiente de nuestros problemas y es el caballo de Troya que, sin esfuerzo, no ellos, los poderosos países de la tierra, sino nosotros, hemos instalado a su servicio para ser dependientes. Bolivia sin mar, Panamá sin canal, Argentina sin Malvinas, Guatemala sin Belice, no son culpa de quienes detentan lo ajeno sino de la ausencia de conciencia latinoamericana, del error o miopías de pueblos que no hemos sido capaces de asumir el liderato que supieron alcanzar en su hora nuestros libertadores”.

En el discurso de investidura habló del canal de Panamá. En su primera rueda de prensa como presidente, el 13 de marzo de 1974, habló del canal de Panamá. En junio de 1974 en la III Conferencia sobre el Derecho del Mar convocada en Caraballeda, Venezuela, volvió sobre el punto. El discurso en Lima lo pronunció el 9 de diciembre de 1974. El 24 de marzo de 1975, al cabo de aquella reunión en Contadora, ratificó que el Canal “no puede seguir siendo extraño y ajeno”. En visita el 24 de julio de 1975 a Santa Marta, Colombia, ciudad donde murió Simón Bolívar, abordó la solución que favorecería a Colombia y Costa Rica una vez que el Canal pasara a manos de Panamá. En agosto de 1975, en Bolivia, advirtió que la “ocupación del Canal es un hecho que ofende la dignidad de América”.

Firma con dictadores

Carter invitó a la ceremonia de la firma del acuerdo a celebrarse en Washington el 7 de septiembre de 1977 a todos los mandatarios de la región. Y

todos asistieron, incluso los dictadores, menos Fidel Castro, aunque como señaló Graham Greene en su libro *Descubriendo al general*, Torrijos lo hubiera deseado porque el general “era fiel con sus amigos aun cuando no compartiera del todo sus puntos de vista”. Y mientras sobrevolaban Cuba rumbo a Washington, Torrijos le envió un saludo a Castro.

Pero estaba el general Augusto Pinochet, enemigo jurado de García Márquez, Carlos Andrés Pérez, de Torrijos y de Graham Greene, y también de Castro. Y estaba Somoza, y Pérez y García Márquez ya estaban montados en la operación a favor de los sandinistas. Graham Greene escribió que García Márquez lo invitó a una protesta en la calle contra Pinochet, pero “muy a mi pesar rehusé. No confiaba en que el pueblo americano supiera distinguir entre un general latinoamericano y otro”. Sin embargo, valía recordar que un año antes la dictadura de Pinochet había asesinado en aquellas mismas calles al ministro de la Defensa de Allende, Orlando Letelier. A la manifestación asistieron 20 mil personas, y en primera línea iban la viuda de Letelier y García Márquez.

Es notable la descripción que hizo Graham Greene de la ceremonia y Pinochet en *Descubriendo al general*. De Pinochet señaló que era “el hombre que te apetece aborrecer”, y con todo, también apuntó que estaba seguro de que “Pinochet era consciente de que dominaba la escena. Era el único contra el que la gente protestaba por las calles de Washington agitando pancartas”. Observó que Pinochet “mostró su tacto al no saludar con la mano a su aliado Kissinger, que se encontraba abajo y este ni siquiera miró en dirección a él”. Guardaban las apariencias.

Kissinger había logrado que la reunión de cancilleres de la OEA del año anterior se celebrara en Santiago de Chile. Kissinger perseguía blanquear a Pinochet en el tema de los derechos humanos. Pero el tiro le salió por la culata, ya que el canceller de Venezuela, Ramón Escovar Salom, al aterrizar en Santiago, lo primero que hizo fue hablar de derechos humanos, y fue Ramón Escovar Salom el primero también en entrevistarse con Pinochet a quien exhortó a dejar en libertad a algunos presos políticos. A Carlos Andrés Pérez lo criticaban dentro y fuera de Venezuela por no oponerse a que esta reunión de cancilleres se celebrara en Santiago de Chile, pero su propósito era otro, desenmascarar la dictadura, el terror de la dictadura, las torturas, las ejecuciones, las detenciones masivas. Lo hizo también con el dictador Jor-

ge Rafael Videla. Lo invitó a Caracas donde le tendió una trampa. Y es que en la rueda de prensa, los periodistas le preguntaron sobre los desaparecidos, y esa fue la primera vez que la dictadura admitió el problema.

Graham Greene anotó que la delegación de Panamá estaba al lado de la venezolana, y subrayó la deferencia, incluido el abrazo, conque Torrijos trataba a Pérez.

El año siguiente, en junio de 1978, Carter visitaba Panamá. Torrijos estaba en el momento más alto de la gloria y popularidad. Estaba feliz. Lo alcanzado no tenía antecedente histórico en Panamá ni en América Latina. Jimmy Carter, en sus memorias, *Keeping Faith*, citó de Pérez que el acuerdo era el más significativo avance en política exterior del hemisferio occidental en el siglo XX. En Panamá, a Torrijos otra vez lo acompañaban Pérez, López Michelsen, Manley, López Portillo y el presidente de Costa Rica, Rodrigo Carazo, sustituto de Oduber. Multitudes se echaron a las calles, y se concentraron en el estadio, en la plaza en la que se celebró el acto central, miles vitoreaban e izaban banderas durante el recorrido de los mandatarios. Más de 300.000 personas. A veces reinaba el caos. Pero Jorden escribió en *La odisea de Panamá* que Manuel Antonio Noriega, el jefe de seguridad, dijo que no había que preocuparse, cuando el servicio secreto de los Estados Unidos emitió una alerta por el peligro que podía correr el presidente. Carter habló en español y con eso se metió en el bolsillo a los panameños. Carter dijo, citemos a Jorden.

“—Durante sesenta y cinco años, Panamá y Estados Unidos han sido amigos. Ahora también seremos socios y le daremos al mundo un ejemplo de la manera como las naciones pueden resolver sus diferencias pacíficamente y para beneficio mutuo”.

Ese día Jorden vio también a este Torrijos:

“Jamás había visto a Torrijos tan satisfecho, tan eufórico. ¿Por qué no? Ese día, un hombre de modestos antecedentes, oriundo de la provincia de Veraguas, pasaba a ocupar un sitio en la historia con el que decenas de políticos y líderes habían soñado. Había logrado con éxito la empresa donde todos habían fracasado. Había restablecido la soberanía panameña a una faja de territorio que atravesaba el país y que durante setenta y cinco años había estado en manos extranjeras. Es más, lo había hecho por medios pacíficos, no mediante el uso de la fuerza que era su vocación oficial. Fue un logro que viviría por siempre en Panamá y en su pueblo”. ☛

La guerra que no ocurrió

Graham Greene aseguró que Torrijos era un patriota, un idealista, sin una ideología definida aunque inclinado hacia la izquierda. Eso lo hacía un socialdemócrata. Pero su socialdemocracia no era tibia. Soñaba con una Centroamérica socialdemócrata no enfrentada a los Estados Unidos, pero sí independiente. Descartaba que fuera comunista, aunque admiraba a Tito, (igual que Pérez, igual que Felipe González), y “tenía buenas relaciones con Fidel Castro. Este le abastecía de excelentes puros habanos, en cuyas vitolas iba impreso su nombre, y le recomendaba prudencia” en las negociaciones con los Estados Unidos, consejo que Torrijos “seguía con reticencia”.

Castro también mostró sentido de la oportunidad. No le quedaba otra opción. La causa por el Canal lo ameritaba. Carlos Guerón, uno de los más calificados comentaristas de temas internacionales en la Venezuela de aquella época, opinó en la revista *Resumen* que “El evidente deseo de Fidel Castro de no entorpecer ni las negociaciones sobre Panamá ni su política de acercamiento a Washington con las tentaciones de una fácil condena al carácter ‘chucuto’ de las concesiones norteamericanas, también contribuyó a facilitar la difícil tarea del gobierno panameño”.

“Todo dirigente político que logra llegar al poder y permanecer en él un tiempo prudencial conoce la diferencia entre lo deseable y lo posible”, escribió Guerón.

Pero por más moderación y paciencia con la que se vestía la mula del artículo de García Márquez, Torrijos también pensaba en la guerra, el tigre; pensaba en una guerra de guerrillas contra los Estados Unidos. Según Graham Greene, ese año de 1977 podía ser el fin de la paciencia y el principio de la lucha armada. En algunos discursos decía que no le iba a dejar “un país ocupado” a las nuevas generaciones de Panamá y que si el proceso de negociación no funcionaba pues había que ir a la “lucha de liberación”.

Señaló Graham Greene que lo tenía todo calculado. Que en la capital podían resistir 48 horas. Que sabotear y vaciar el canal era sencillo. Que harían falta al menos tres años para llenarlo otra vez y mientras ello ocurría, la guerrilla estaría resistiendo dos años en las montañas. “El tiempo suficiente para despertar la conciencia en la opinión pública en los Estados Unidos. Y no lo olvides, por vez primera desde la Guerra Civil estadounidense, los civiles se encontrarán en la línea de fuego. En la Zona (del Canal) hay 40.000 de ellos, aparte de los 10.000 soldados”.

Esta versión de Graham Greene coincidía con la de García Márquez en el programa de RTVE ya citado, de modo que ambos escritores se la habrán oído a Torrijos, y quién sabe cuántas veces.

Pero eso no ocurrió. Se firmó el tratado. Torrijos no organizó ninguna guerrilla. Por el contrario, fundó un partido. Le dijo a Graham Greene que había que volcarse al frente interno. El resultado, un partido nuevo para enfrentar a los viejos partidos, un partido socialdemócrata, el PDR, Partido Democrático Revolucionario, y para ello consultó a Felipe González, a Alfonso López Michelsen, a Francisco Peña Gómez, a Carlos Andrés Pérez, a Daniel Oduber. El PDR nació en 1978.

En virtud de que la solución del principal problema de Panamá le evitó montarse en la aventura guerrillera, se volcó entonces a ayudar a los sandinistas y a intermediar en el conflicto de Centroamérica, y a ser un factor de convocatoria de presidentes, expresidentes y líderes políticos y escritores en la isla de Contadora. Ahí nació un grupo de discusión, con Pérez, López Michelsen, Felipe González, Simón Alberto Consalvi y García Márquez, entre otros. El grupo funcionó hasta semanas antes de que Torrijos muriera en el fatal siniestro de su avión el 31 de julio de 1981. ☛



JIMMY CARTER Y OMAR TORRIJOS FIRMAN ACUERDO SOBRE EL CANAL DE PANAMÁ / CASA BLANCA – DOMINIO PÚBLICO

ENSAYO >> LA LITERATURA COMO DOCUMENTO DE ÉSPOCA

Memoria en peligro

"en los últimos años se han publicado libros que advierten del peligro que corre la memoria que servirán, sean ficción o testimonio, como documentos en el futuro para entender este presente desolador"



ANA TERESA TORRES / ©VASCO SZINETAR



KRINA BER/ARCHIVO

ISAAC GONZÁLEZ MENDOZA

Hubo una época en la que se podía ir a las sedes de Últimas Noticias, *El Universal* o *El Nacional* y pedir, con fecha en mano, ediciones de periódicos para hacer consultas.

Recuerdo que en *Últimas Noticias* había un trabajador cubierto con un traje y guantes que, luego de obtener los datos necesarios, sacaba los periódicos de manera organizada y los ponía, bien protegidos, sobre una mesa grande para que el usuario los hojeara. La última vez que pasé por ahí me dijeron que el servicio no estaba funcionando. Poco se puede decir de *El Universal*: el edificio en la avenida Urdaneta suele estar desolado y repleto de desechos. En *El Nacional*, con Freddy Jiménez a la cabeza, la atención fue siempre de primera hasta la expropiación de su edificio en Los Cortijos.

Uno de los pocos lugares donde aún es posible consultar periódicos es la Biblioteca Nacional. Con sus limitaciones, como la falta de material para anotar la data o las cajas deterioradas, los empleados suelen conocer muy bien el sistema tras años en la institución. La pregunta es cómo actualizan el archivo si *El Nacional* dejó de circular como impreso en 2018, *El Universal* ha estado inestable en los últimos años con el papel y la versión impresa de *Últimas Noticias* es muy limitada. Descartando diferencias ideológicas: ¿qué va a pasar con la memoria del país?

No puede depender, claro está, de las páginas web si cada vez que hay un rediseño miles de artículos desaparecen de golpe. Tampoco de los

videos de aplicaciones como YouTube o TikTok porque sus dueños tienen la potestad de desaparecer los contenidos que no les convengan. Quizás lo ideal sería la emisión de publicaciones en PDF como la que cada semana entrega el *Papel Literario*. Es una forma de rebeldía presentarles a los lectores un producto digital que, bien resguardado, quedará para la posterioridad y que servirá a profesionales como historiadores, sociólogos o periodistas a la hora de estudiar el pasado, pero sobre todo a las instituciones que deberían resguardar la memoria.

En respuesta, en los últimos años se han publicado libros que advierten del peligro que corre la memoria que servirán, sean ficción o testimonio, como documentos en el futuro para entender este presente desolador.

En *Diorama*, de Ana Teresa Torres, el escritor Dimas intenta rescatar la memoria con un proyecto al que llama “Museo de los lugares perdidos”, el cual consiste en hacer registro de lugares que han desaparecido de manera repentina mientras la dictadura gobernante persigue cualquier signo de crítica, reflexión o tristeza. La condena a dicha emoción no es algo casual: el mundo distópico en el que vive Dimas se llama Reino de la Alegría, nombre que emula al Viceministerio para la Suprema Felicidad Social, creado en 2013 por Nicolás Maduro.

La dictadura del Reino de la Alegría no se limita solo a desaparecer lugares, también empieza a confiscar bibliotecas personales porque podrían contener textos críticos, ordena que en el Instituto Nacional de la Reseña, dedicado a la

escritura de reseñas de libros, solo se escriban textos felices y, por último, llama a la población a construir dioramas de espacios como zoológicos o parques, de manera que podrían garantizarse lugares herméticos en los que no haya ningún tipo de oposición o tristeza.

Los lugares que desaparecen en *Diorama* lo hacen sin aviso, como si nunca hubiesen estado ahí, y si alguien intenta preguntar por lo que alguna vez fue, aparecerá algún sujeto sospechoso que le pedirá al curioso que se largue. No se sabe si es un funcionario, un policía o un militar, simplemente está ahí para evitar que el recuerdo se sostenga. En el país, quizás el mejor ejemplo de esto sean las librerías, que desaparecen una tras otra con contados dolientes. Por mencionar un par: la Lugar Común de Altamira, en una época tan visitada y querida por los lectores, es ahora una farmacia y la librería Suma, en Sabana Grande, dejó de existir hace al menos seis años con una historia legendaria que incluye visitas de Rómulo Betancourt, Adriano González León u Orlando Araujo.

Gracias a uno que otro blog o fotos en las redes podemos saber que en esos espacios hubo librerías.

Otro libro reciente, *Ficciones asesinas*, de Krina Ber, construye una distopía repleta de humor donde el GOB, como denomina la escritora al gobernante régimen orwelliano, planifica en secreto desaparecer a todas las personas ancianas para garantizar que nadie recuerde el “Antes”.

Ese Antes, escrito en mayúsculas, podría representar una época mejor o distinta, en la que

quizás había prosperidad y normalidad. No sé si podría ser una emulación de la llamada “cuarta república”, pero sí queda claro que cuando hay regímenes tiránicos es muy probable que haya existido un período de tiempos mejores y con un sistema institucional fuerte que, al arribar la tiranía, es aprovechado para oprimir a los que están debajo.

Esos viejos, esa memoria, resulta un peligro para el GOB porque saben que la presencia intangible de esos recuerdos podría, a la larga, hacerles tambalear en el poder.

Una novela más reciente, *Atrás queda la tierra*, de Arianna de Sousa-García, narra el testimonio personal de su autora, una treintañera que tuvo que abandonar sus sueños como periodista y migrar a Chile porque la vida en Venezuela se le hacía imposible entre los apogones, la persecución y la precariedad. Considero que este libro –a veces poema, a veces crónica, a veces testimonio, a veces reportaje– nos ofrece un acercamiento más familiar e íntimo de la migración porque la narradora se la cuenta a su hijo pequeño y porque hay una interpelación a su padre, que vivió la democracia y sin embargo apoyó con pasión a la revolución bolivariana.

Si bien los periódicos han desaparecido y prácticamente todo el sistema de medios está disminuido, libros como el de Sousa-García dejan un reflejo de las tensiones que provocó la llegada del chavismo al poder a finales de los 90. La escritora sabe que esa memoria será importante y lo deja claro cuando reflexiona al respecto en uno de los capítulos: “Tener memoria de elefante, traer a la memoria, recorrerla, acordarse, conservarla y presentarse de nuevo en el recuerdo. Presentarse de nuevo en el recuerdo todas las veces que sea necesario de todas las maneras posibles”.

Sin hemerotecas más allá de la que tiene la Biblioteca Nacional, con sus precariedades, librerías desapareciendo, televisoras que no realizan trabajos de profundidad y páginas web que no garantizan la permanencia de las publicaciones, lo que vemos es la procura de manipular la memoria como lo señalaba Todorov, que advertía que las tiranías del siglo XX habían sistematizado la apropiación de la memoria y aspiraron a controlarla hasta en sus “rincones más recónditos”.

Es gracias a la memoria que hoy contamos con enormes registros como *Archipiélago Gulag* de Aleksandr Solzhenitsyn o *Vida y destino* de Vasilí Grossman, es gracias al *Informe Vrba-Wetzler*, ambos escapados de Auschwitz, que se pudo detener la deportación de judíos de Hungría. Por eso los Reinos de la Alegría o los GOB van a preferir siempre construirla a su manera o, por el contrario, desaparecerla por completo. ☸

DDHH >> NO TE OLVIDES DE MÍ, DE KAORU YONEKURA

Historias de injusticias y absurdos

"Uno de los aspectos más logrados del libro es la manera en que nos permite palpar la densidad humana de sus protagonistas y recordar que no son simples papeles en un expediente judicial, sino personas reales. La vivacidad de sus historias contrasta de manera sangrante con la inverosimilitud de las tramas que los condenan"

LEONARDO LAVERDE

No te olvides de mí de Kaoru Yonekura (Editorial Dahbar, 2024) es un libro que combina la sutileza de una voz discreta, casi silenciosa, con la fuerza de un contenido que grita. Las historias y entrevistas a estos prisioneros (cuyos casos, iniciados antes de las elecciones de 2024, podrían haber sido olvidados por la opinión pública ante la avalancha informativa que ha venido después) conforman un mosaico que ofrece una visión cruda y auténtica de las paradojas, injusticias y absurdos que rodean a las víctimas del sistema judicial y político. El libro no solo expone los horrores de casos específicos, sino que también deja entrever cómo estas tragedias individuales reflejan y afectan a toda una sociedad.



El escenario que estas historias nos permiten reconstruir es el de un universo caótico, sin aparente sentido. Sin exponer juicios, apenas con una oportuna yuxtaposición, el libro logra detener nuestra mirada en innumerables paradojas: crímenes sin víctimas, expedientes sin evidencias o supuestos conspiradores que se involucran en temas que desconocen dejan sorprendentemente a la vista las pruebas que los inculpan y son procesados por un espagueti de instituciones y funcionarios que en no pocas ocasiones actúan fuera de su jurisdicción.

Uno de los aspectos más logrados del libro es la manera en que nos permite palpar la densidad humana de sus protagonistas y recordar

que no son simples papeles en un expediente judicial, sino personas reales. La vivacidad de sus historias contrasta de manera sangrante con la inverosimilitud de las tramas que los condenan. Mis ojos más de una vez se humedecieron con el miedo a un futuro impronunciable, la incertidumbre de una espera de la que no se conocen las razones (tal vez porque no existen o no son tales), la frustración de las esperanzas, el engaño continuado de las falsas promesas, las humillaciones, el dolor de la tortura, el peso de las secuelas físicas, la desesperación ante el repentino derrumbe de planes y modos de vida, la luz que sigue adentrándose en la oscuridad del túnel... Pero también la persistencia de la humanidad en medio de la injusticia, la relevancia que adquieren de pronto las pequeñas cosas (una gorra, una muestra de reconocimiento, la mera conciencia de la cercanía de un ser querido) y los vínculos que la convivencia y los vaivenes del infortunio pueden llegar a establecer entre los presos de conciencia, sus circunstanciales compañeros de celda y hasta a veces (monstruosamente) los propios verdugos.

Este trabajo de acercamiento a la intimidad de las víctimas es importante porque nos ayuda a recordar que sus historias son también las nuestras, que sus problemas son también los de la sociedad. No son los presos políticos los únicos que viven con una espada de Damocles sobre sus cabezas y atentos a cualquier señal que les revele la reanudación o el truncamiento de su destino. Antes de que cualquier circunstancia (vivir su vida de acuerdo con sus valores o meramente prestar un servicio al cliente equivocado) llevara a estas personas a cruzarse en el camino de ese peligroso animal llamado Estado, ellos también fueron personas comunes, sin plena conciencia del drama que pronto habría de alcanzarlos, como si fuera algo que ocurriese lejos, a otras personas. El título de este libro no solo expresa el deseo de sus protagonistas de no ser olvidados: es también, como las campanas

de Donne, un llamado al lector para que no se olvide de sí.

Los testimonios de los abogados, recogidos al final del libro, nos ofrecen una visión más panorámica y arrojan una valiosa luz acerca de cómo se ha ido construyendo este monstruo jurídico, así como sobre los desafíos y la importancia de continuar con el esfuerzo (a primera vista inútil) por desenredar este laberinto y preparar el camino para una sociedad más justa.

A lo largo de todo este texto, la autora permanece como una presencia discreta. Su voz casi no se oye, aunque esté en todas partes, “nacida en todos los sitios en donde pongo mis ojos”, como dice Huidobro. Su trabajo ha sido reunir las piezas de un laberinto que habla por sí mismo, abrir una ventana para que este conjunto de voces silenciadas pudiera gritar. Lo que le ha permitido encontrar las vías es la experiencia. Kaoru no cayó en este libro por suerte o por acaidismo. Son varios años los que lleva investigando este tema y eso se nota (sin estridencias) en la familiaridad y gratitud con que le hablan “sus presos”. No es poca cosa tomarse todas las molestias (que ella calla) para ganar la confianza de un preso acostumbrado al amedrentamiento y la decepción.

Siempre que le digo a Kaoru que es una mujer valiente y que su trabajo es valioso, ella se rehúsa a aceptar todo halago. Se niega a disputar cualquier mérito a abogados y activistas que enfrentan la injusticia armada con el brazo desnudo de la ley. Después de leer su libro, aunque mantengo mi apreciación, puedo decir que la comprendo, porque el contenido de lo que deja ver es tan terrible, tan impactante, que a su alrededor todo esfuerzo parece empequeñecerse. Su trabajo, como el de Sísifo, puede parecer desesperante. Sin embargo, nunca me parecerá inútil luchar contra el olvido y el silencio.

Sé que no soy el único que agradece esta pequeña luz. ☸